

La Parte Maldita (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

Marañas.

Santiago Mazzuchini.

Cita:

Santiago Mazzuchini (2014). *Marañas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: La Parte Maldita.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/santiago.mazzuchini/8>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pkwa/sk4>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Marañas

Santiago Mazzuchini (comp.)

Antología Narrativa Contemporánea vol. 1

Marañas / Mariano Ezequiel Massone ... [et.al.] ; compilado por Santiago Mazzuchini ; con prólogo de Santiago Mazzuchini. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones La Parte Maldita, 2013.

104 p. ; 13x19 cm.

ISBN 978-987-28626-6-4

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Massone, Mariano Ezequiel II. Mazzuchini, Santiago, comp. III. Mazzuchini, Santiago, prolog. CDD A863

Diseño de tapa y diagramación interior:
Ed. La Parte Maldita.

Ilustración de tapa: Anahí Bazán Jara
www.anahibazanlara.blogspot.com

©2013, Mariano Ezequiel Massone ... [et.al.]

©2013, Ediciones La Parte Maldita.
Bolivia 269, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

www.edlapartemaldita.com.ar
edlapartemaldita@gmail.com

Primera edición, junio 2013.



Licenciado bajo Creative Commons
Atribución - No comercial - Compartir obras derivadas igual

Marañas

TRAMAR LA EXPERIENCIA

por Santiago Mazzuchini

Escribir ficción es tejer, enmarañar, instituir sobre el caos significaciones que nos afectan, que nos entran por los ojos, por la vista; en fin, por los sentidos. Un texto no hace otra cosa que darle forma a la maraña de sonidos, silencios, imágenes, que andan por ahí dando vueltas, envolviéndonos y acechándonos. No se trata, por supuesto, de imitar la realidad. La ficción no es imitación (aunque pueda jugar a imitar, como hace el realismo). Ficcional es hacer presente lo que no estaba ahí, es crear un mundo. Un mundo que no deja de tener como fondo el caos, lo confuso, porque sobre ese abismo se funda ¿Pero cómo se hace presente aquello? Curiosa es la capacidad de la escritura ficcional de construirnos imágenes con palabras, de hacer cuerpo con abstracciones, de emitir sonidos con la mudez del papel.

Se me ocurre que narrar a través de la escritura es el arte de construir experiencias, no en el sentido de transmitir una experiencia que haya tenido el escritor, no, sino de crear una vivencia, de hacer posible que el lector pueda formarse un conjunto de imágenes que hacen a una historia. Las grandes abstracciones no sirven en la ficción, lo que sí sirve es configurar pequeños detalles que vayan creando una escena.

Suele decirse siempre que existe la literatura, la gran literatura. Es común tener vergüenza al decir “Hola, soy escritor”, como si ese ámbito y esa práctica estuviera sólo habilitada para los dioses del Partenón. Pero ¿no sería acaso darle una entidad demasiado grandilocuente? ¿Le vamos a regalar este hermoso arte a los dioses? Yo prefiero llamar a ese gran arte “escritura”, simplemente una actividad que cava surcos en lo real, que a través de su fuerza significativa nos permite ver lo otro de la realidad. Volvernos hacia otros mundos que están, cómo no, dentro de este mundo.

Ahí el motivo de esta antología de escritores contemporáneos, que día a día trabajan escribiendo relatos, entre trabajos precarios, cursadas y clases universitarias, vidas paralelas y otras yerbas. Porque son personas que hacen de la ficción un laburo sobre la experiencia

Los textos que conforman esta antología fueron elegidos primordialmente por despertarme estas reflexiones, por tocar la fibra de esos temas que tanto me interesan y que conforman mis propias aspiraciones. Se trata, sin dudas, de formas de encarar la escritura que se me proyectaron en los relatos y con los cuales me sentí identificado.

Por último, para aclarar: esta compilación es el resultado de una lectura, no un tribunal de definición de lo que está bien o lo que está mal. Al leer esta antología ya ordenada, se me propuso un viaje donde tuve diversos encuentros: por determina-

das situaciones que se me hicieron significativas porque parecen suspender el tiempo, relativizar la gramática de lo discontinuo que lo parcializa en horas, minutos, segundos. ¿Cuántos instantes hay en un instante? ¿Cuántas horas en unos segundos? Porque golpeó en mi pecho la violencia de género, in-visualizada por ciertos sectores sociales y políticos. Porque me topé con el lenguaje de una niña que devela que no existe la tan pretendida inocencia de los chicos; en el lenguaje siempre está ahí presente la ausencia. Por la propuesta de un encuentro con personajes que a través de su singularidad permiten remitirnos a temas universales, portadores de historias que nos atraviesan en lo más profundo. Por último, por ese encuentro con lo fantástico, aquél género que según Tzvetan Todorov estaría en declive a partir del Psicoanálisis. La ficción, sin embargo, sigue ofreciéndonos historias que inventan sus propias leyes para crear un mundo que rompe con las convenciones de “lo real” de un modo explícito.

Por supuesto, el lector no tiene que tomar en serio esta división de encuentros. ¿Cómo poder dividir aquello que está tejido en conjunto? ¿Acaso los personajes no son fundamentales para construir situaciones? ¿La violencia no se expresa en un cuerpo, en un personaje portador de su propia historia? ¿Acaso la fantasía no nos atraviesa?

Los cuentos que forman esta antología devienen en un conjunto heterogéneo de palabras, imágenes,

voces, susurros, silencios, sonidos. Como un agenciamiento que teje en conjunto lo diverso, poseen una lógica, una potencia, que sólo el lector puede hacer funcionar. Como el signo según Charles Peirce, estos cuentos valen por lo que serán en el futuro.

Marañas

FORTALEZA ALEMANA

Cristian Acevedo

Mirá, Alemán, sé que para esta altura ya no te quedará carne con que alimentar a los gusanos, ya no conservarás rastros de esos ojos azules que tanto me atormentaron de pibe.

Vos y yo nunca hablamos. Con vos no se podía. Si lo único que hacías era corrernos, insultarnos en tu lengua y espiarnos por la ventana. A mí, a Mariano, a Matías, a Sergio. A todos.

Eras jodido, Alemán. Muy jodido. Te escribo ahora porque sé que estás bien muerto, y porque de alguna forma necesito largarlo. ¿Sabés cuántas veces se me ocurrió tocarte timbre y decírtelo en la cara? Eso me pasa a veces. Será que uno se pone viejo y maricón. Y cuando advertís que todo es silencio, la cabeza te trabaja el doble y el corazón la mitad, y la espalda no resiste, y uno tiene que sacarse pesos de

encima. Te escribo ahora, porque sé que nadie recoge tu correspondencia, porque ya no te queda nadie. Y te escribo igual, porque así es mejor, más fácil. Ya no vigilás celosamente tu vereda con esos ojos azules, que siempre creí asesinos.

Bajo el calor del verano eras peor: todo el día empuñando la tijera de podar, cortando el pastito de la vereda, y combatiendo y torturando hormigas y chicharras; escupiendo no sé qué palabrotas en ese idioma tan agresivo.

Las chicharras aturdían, me acuerdo, y te trepabas al níspero y desparramabas veneno por toda la copa. Impregnabas con ese tufo ácido la vereda, la cuadra, la calle, el barrio entero.

Nosotros salíamos a jugar después de la siesta. Tardes de esquina, campito, pelopincho o poliladron. Tardes de putearte. De putearte con alma y vida.

A las cinco y media, después de la merienda, no faltaba ninguno, vos lo sabés. Al rato nos cagábamos en tus disposiciones: gritábamos o te pisoteábamos el puto pasto, y arrancaba la guerra.

Primero ladrabas desde la reja, siempre con tu pantalón de lona —los tobillos blancos al aire— y tu camisa celeste y el cordón que usabas a modo de cinturón apretujándote las costillas. ¿Sabés que te calculábamos los tiempos, no? Te obligábamos a que abrieras la puerta. Y ahí sí: salíamos rajando.

Nunca supimos si realmente venías de Alemania. ¿Qué carajo eras? ¿Austriaco? ¿Polaco? No nos importaba. Habías decidido convertirte en nuestro enemigo, y no te la dejábamos pasar así nomás: nos alineábamos en la esquina, firmes como mástiles. Y, ni bien te dabas vuelta, levantábamos el brazo derecho a la altura de la cabeza y... Y con sólo recordarlo se me eriza la piel. No sabíamos qué significaba ese saludo. Alguien, algún vecino —acaso otro enemigo tuyo—, nos habrá sugerido que te lo refregáramos por la cara.

Así recuerdo nuestras tardes. Nos divertía jugar a la guerra. Y contra vos, nada menos. Uno de chico es muy malvado; pero vos, vos ya no eras un chico.

Pasábamos a cualquier hora sabiendo que nos vigilabas a sol y sombra. Y esquivábamos tu vereda, sin importarnos que en la calle el sol nos derritiera la cabeza.

Corrían los días, y cada vez te odiábamos más. A mis once años, yo aparentaba menos. Vos andabas por los sesenta, y te movías con la seguridad y el desenfado de un Rottweiler.

Una vez quise dármelas de valiente y no bajé a la calle. ¡No bajé! Seguí heroicamente por tus baldosas grises, que tanto lustrabas. Y, ya llegando al final, oí el crujido de las hojas y una garra me estrujó el hombro. Vos, Alemán, me tironeaste cobardemente desde la pared de ligustros, y si Mariano no llegaba a tiempo, me metías para adentro con alambre y todo.

Lo peor fueron esos gritos de perro que escupías en tu lengua y que se me pegaron para siempre al oído.

Y nos tocó vengarnos, Alemán: llenamos una decena de bombitas con pintura, y sin aflojarle a los pedales te bombardeamos las columnas blancas y la reja verde de tu búnker. Después nos internamos en la plaza y escondimos las bicicletas detrás de la calesita. Nos quedamos bien lejos, por si venías. Y no viniste. Eras muy cobarde, Alemán: siempre acuartelado, siempre espiando, siempre de local. Ninguno decía nada, pero el terror se traslucía en cada mueca, en cada respiración. La cara de Mariano daba risa: los cachetes colorados por el calor y por el susto, y las sienes empapadas. Matías parecía un cadáver que no paraba de reírse. En cuanto a mí, debía estar peor que nadie; me acuerdo de que, a pesar de nadar en transpiración, un frío seco me recorría la espalda y me congelaba la nuca. Se me ocurrió que al otro día le contaríamos nuestra hazaña a Sergio, y él putearía por no haber venido con nosotros. ¿Te imaginás lo que hubiera sido de tus dos columnitas si venía Sergio también?

A la tarde, limpiamos así nomás la pileta de Matías y nos empantanamos bajo las profundas trincheras de lona azul. Antes de que oscureciera, lo acompañamos a Mariano hasta su casa, que quedaba justo frente a la tuya, y ya no había ni rastros de nuestra venganza: el frente —*tu* frente— esplendía en un blanco radiante, y toda la cuadra apestaba a

pintura fresca. ¡Mirá si te sobraba tiempo! Lo escoltamos hasta la esquina nomás, y Mariano se metió corriendo por el pasillo. Cubrimos su retirada y no bien cruzó el pasillo, rompimos filas y cada uno para su casa.

Una semana después volvimos a acercarnos, y para el domingo ya nos olvidamos del asunto. Las tardes se sucedieron de la misma forma: carcajadas, arco a arco, poliladron.

Después llegó la época de las lluvias, la pileta sucia, la calle embarrada, las paperas de Matías, las vacaciones de Sergio. El calor no aflojaba. Nos refugiábamos de los mosquitos en el comedor de Mariano, jugando a las cartas o al estanciero. Y te vigilábamos. Te vigilábamos siempre.

Una de esas tardes, espiando desde las rendijas de la persiana, me crucé con esos ojos azul alemán, que me estudiaban desde el otro lado de la calle. Descubrimos que la lluvia te mantenía encerrado a vos también. Y también descubrimos que la vigilancia era mutua.

Cuando recrudeció el calor y Matías ya se había recuperado, habías extendido tus dominios. Apenas si nos permitías caminar por la vereda de enfrente. Y, si saltábamos la zanja, abrías la puerta de sopetón y salías a los gritos, armado con la escoba o la tijera. Y nosotros corríamos. Y desde la esquina, otra vez a levantar el brazo y lanzar el injurioso *Heil Hitler!* del que tanto me arrepiento.

Porque decíamos *¡Jay Hitler!*, pero claro que lo entendías, y se te incendiaban los ojos y nos corrías unos pasos —nunca más de dos o tres—. Y, así y todo, jamás te reconciliaste con nosotros, jamás aflojaste.

¿Te costaba tanto ser más astuto, más vivo? Acordate, si no, de doña Nelly, la de la esquina, que nos devolvía la pelota a cualquier hora y sin chistar. O de Rubén, que nos enseñó a fumar y nos prestaba sus revistas porno. A ellos sí los respetábamos. Si hasta se habían sumado a nuestras filas: se reían al verte correr, y nosotros alzando el brazo triunfalmente; coreando a voz en cuello el saludo nazi que, al recordarlo, se me vuelve a helar la espalda, como cada vez que abrías la reja.

¿Creías que con un par de gritos nos íbamos a calmar? ¿Pretendías prohibirnos justo lo que más nos gustaba? A veces pienso que ni te importábamos. Como fuese, no aflojabas nunca.

Será porque yo ahora estoy viejo, que te escribo. Y si lo largo después de tantos años, es más que nada por mí... y un poco por vos. Pero, sobre todo, por la alemana.

Porque no supimos de ella sino hasta la tarde del veinticuatro —y mirá que rumores hubo siempre; aunque, la verdad, te creíamos igual de loco que de solitario—. Si no, tu fortaleza hubiera sido “lo de los alemanes”, y no “lo del alemán”.

El asunto era con vos y con nadie más.

Por eso la idea de hacer una vaquita, de pedirle a Rubén que nos comprara las bengalas, de bombardearte el fuerte, de anticiparte la Navidad.

Y nos enteramos de la peor forma, en la peor de las tardes. La tarde del incendio. La del chiflido y el resplandor amarillo, seguido del humo negro, que se extendió desde el techo hasta los nísperos y el ligustro, y todo yéndose a la mierda tan rápido.

La tarde en que los bomberos sacaron el cuerpo humeante de la alemana. La tarde que se hizo noche en un chispazo. La tarde en que nosotros lloramos en silencio, cada uno en su casa, sofocados de terror, de brindis apagados y de culpa.

Será porque esa vez, a los once años, descubrí que en alemán se llora igual.

Por eso siempre quise pedirte perdón, por mí y por todos, y nunca me animé. La verdad... ¿Querés que te diga la verdad? No sé por qué te escribo.

Tal vez porque me muerdo los codos por rajar a los pibes que patean y gritan a la hora de la siesta. O porque me sobresalto en mi silla toda vez que oigo remontar una cañita voladora.

¿Es culpa? No, no soy tan bueno. Es más miedo que otra cosa.

Será por eso que me encierro a escribirte: porque tengo la ingenua esperanza de que no haya ya tipos como vos. Porque no quiero salir a la vereda y darme cuenta de que todavía quedan pibes como nosotros.

NO ES CATÓLICO DE MI PARTE

Mariano Massone

Sé que no es católico de mi parte lo que le voy a decir pero necesito que se siente. Vamos, usted sabe... Hace quince años que la conozco, cuando se murió mi marido la única que entendió esa pérdida fue usted. Marta, no me mire así. Hace cuatro años que estamos solas, la casa es grande. Usted limpia, lava, plancha, me hace la comida. Sabe que con este dolor de huesos que me agarra cada tanto no puedo ni moverme, son dolores fuertes, como si fuesen espinas que se me clavan en todo el cuerpo. Yo la considero mucho a usted, la considero mi par. Las dos nos quedamos solas, ancladas en viejas costumbres. Cuando se murió Rodolfo yo sentía que no iba a poder vivir más. Todavía me acuerdo el velorio,

cuando llegaron mis sobrinos, Ismael y Marco ¿Se acuerda? Ismael llegó con su mujer y sus dos hijas, preciosas las nenas, abrió el paquete de sanguchitos de miga que compró en la mitad de la sala como si fuese un cumpleaños de quince. Se reía, su sonrisa y su falta de dolor me hicieron pedazos. Hablaba mucho, me aturdía. Parecía como que estaba esperando que pase otra tragedia más. Hacía años que no lo veía, no recuerdo cuántos, pero eran muchísimos. Creo que no lo veía desde que se murió su padre, el finado Raúl, hermano de Rodolfo. La empresa que ellos tuvieron le dejó una gran herencia. Es más, creo que ahora Ismael se dedica a alquilar caserones que compró con esa plata. No sé muy bien. La cuestión es que me aturdía con sus historias de viajes a Europa, con su soberbia. Pensar que cuando era chico era mi preferido. Usted sabe que nosotros, con Rodolfo, nunca pudimos tener hijos. En verdad tuvimos uno pero lo perdí. Cosas de la vida. Estuve internada dos meses en terapia intensiva, hinchada como un globo, a punto de la muerte, hasta que el nene también se terminó asfixiando en mi vientre. Ya sé, no le gusta que le cuente esa parte de mi vida. Éramos jóvenes y todo era diferente. La medicina también era diferente. Rodolfo fumaba mucho ¿Se acuerda? Nunca vi fumar a nadie igual. Nunca amé a nadie tanto como a él. Teníamos peleas, usted nos escuchaba. Seguro que nos escuchaba pero no decía nada. Si hay algo que rescato de usted, además de su honestidad, es su silencio. Nunca la escuche decir una palabra de

más, siempre tan... tan justa. Me acuerdo cuando en el velorio de Rodolfo, usted, con sólo levemente apoyar su mano sobre mi hombro me dijo todo lo que me quiso decir. Usted sabe, no me sentía bien. Pero era peor ver esa comedia que se daba entre Ismael y Marco, comiendo sanguchitos de miga y charlando como si estuviesen en un bar. Pensar que cuando su tío se estaba muriendo ninguno de los dos lo fueron a visitar, ni siquiera me llamaban. Es más, todavía no sé cómo se enteraron de la muerte. Yo siempre fui muy reservada pero en este pueblo las noticias vuelan y uno nunca sabe. Marta, ayúdeme en algo, escuche bien, me quiero casar con usted. No es que la ame ni nada de eso. No se vaya, espere. Sé que no es católico de mi parte pero me quiero casar con usted. No le voy a dar el gusto a Marco y a Ismael. Usted fue la persona con la que padecimos todo, Rodolfo y yo. Usted se merece pasar bien sus últimos años cuando ya me estén comiendo los gusanos, muy probablemente cerca de mi esposo, cuatro metros bajo tierra. Hijos no tengo y no les quiero dar el gusto. Por favor, no me reproche. Yo sé que es un tema que hay que tomar con cuidado pero no me queda otra. Una vez que nos casemos le voy a decir cómo funciona todo lo relacionado al dinero, a las cuentas bancarias. No es difícil. Si se cuida tiene para vivir hasta que se muera. ¿O acaso a usted no le gustaban esos bombones que varias veces le traje de París? Por favor, Marta, usted se tiene que casar conmigo.

EL POLACO

Diego Fernández Romeral

El polaco volvió a trabajar hace casi un mes. Estuvo internado dos años en un centro de recuperación, por Pilar, uno de esos que tienen granja y sesiones de terapia grupal. No podía salir nunca, apenas lo dejaban llamar a sus hijos. Antes de internarse, faltaba una o dos veces por semana al laburo, y a lo último ya ni se preocupaba por esconderse. Lo veíamos en la puerta del boliche a eso de las siete de la mañana, cuando pasábamos camino a la fábrica, tratando de llevarse alguna puta para la casa. Después, al mediodía, se sentaba en la puerta del supermercado y hablaba con todo el barrio mientras tomaba vino. Los patrones sabían todo eso, pero ni siquiera le descontaban los días que faltaba, fueron bastante injustos con nosotros. Lo querían mucho al polaco para hacerle eso, sabían que estaba enfermo. Lo conocían

desde que tenía quince años, cuando se iba a Villa Gesell a venderle merca a los pibes que se la querían dar de duros. Le vendía nomás a los giles, era chico para meterse con otra gente. Con lo que ganaba se bancaba los tres meses en la costa y de paso tomaba. Un par de años después, estaba fresando engranajes nueve horas por día de lunes a viernes, y dejó de vender, pero siempre siguió tomando. Y siempre siguió con sus rebusques. Hubo un tiempo en el que se venía muy bien empilchado. Fumaba cigarrillos caros y nos invitaba las facturas dos veces por semana. Me acuerdo cuando un día paramos todos y lo encaramos:

—Polaco, decinos la posta, ¿de dónde estás sacando la guita?, ¿andás en algo con el viejo de Mecpol?—. El viejo de Mecpol era uno de nuestros mejores clientes, llevaba mucho laburo y pagaba en efectivo, y siempre que venía le echaba una sonrisita al polaco.

—No pasa nada, ¿qué va a pasar? No me hagan calentar porque la pudro.

La dejamos correr un tiempo, hasta que uno de los muchachos lo vio en un bar de San Telmo, comiéndose una parrillada con el viejo de Mecpol. Ahí le dije:

—Dale polaco, no te hagás el pelotudo, ¿qué hacés con el viejo? ¿te lo estás cojiendo?

—Te digo que no Miguel, no me rompás más las

pelotas, no me lo cojí, ¿entendés?, ¡y no me lo cojo nunca más! -. Esa sí que quedó para el recuerdo.

El polaco se llama Juan Carlos. Le pusieron el nombre por Onganía. En eso los viejos tuvieron suerte, les salió bastante parecido al milico. En la fábrica decía que, para que las cosas sean más justas, nos tendrían que descontar una parte del sueldo a cada uno para aumentárselo a él. Es que claro, el polaco se creía algo así como un dios. Tenía la pinta y todo. Un tipo de casi dos metros, con unos ojos que tienen el color del cielo, el pelo fino y rubio que le llegaba casi hasta la cintura –porque ahora se lo rapó–, y viviendo en una casa de croatas exiliados luego de la derrota de los nazis, ¿cómo no iba a pensar que era una especie de Jesús en un suburbio de fábricas y techos de chapa?

Pero, como decía, los viejos no fueron gente con mucha suerte. Los dos se murieron de cirrosis con menos de sesenta años, con sólo unos meses de diferencia, como una de esas historias en las que los viudos mueren de amor al poco tiempo. Pero acá el viudo se murió porque se le reventó el hígado, le explotó una noche y amaneció muerto, con una botella de ginebra en la mano. Pero el polaco tenía más resistencia. Era como si los viejos, en vez de dejarle una casa o un auto –porque en ese sentido, lo único que le dejaron fueron deudas–, le hubiesen dado una resistencia sobrehumana para tomar alcohol y merca. Venía borracho a trabajar, se mamaba al mediodía y

volvía a laburar. De la fábrica se iba directo al bar, se bajaba un par de cervezas y se iba a la casa. Se bañaba, se tomaba unos pases de y se volvía al bar, a jugar al pool y a esperar que se haga tarde para entrar al boliche. Lo que no entendíamos era cómo la mujer no lo dejaba. Tenían dos hijos y el polaco llevaba la misma vida que había llevado siempre, con la diferencia de que le dejaba una parte del sueldo a la mujer para que se encargue de los chicos. Él sabía que estaba haciendo las cosas mal. Una mañana, cuando recién llegábamos y la fábrica estaba casi vacía, me abrazó con fuerza y empezó a llorar:

—No puedo más Miguel, los veo a mis pibes, son muy chicos. Los veo y sé que van a terminar en lo mismo que yo. Y no les quiero hacer lo que me hicieron mis viejos. Ellos se merecen otra cosa, ¿entendés? Los estoy matando. Llego a la noche y me esperan con una sonrisa. Me dicen ¿qué hiciste hoy papi?, ¿nos trajiste uno de esos chocolates que te dieron en la fábrica?, ¿nos ayudás con la tarea? Y yo estoy dado vuelta Miguel, no los puedo ni alzar. Pero nunca les pegué, y a mi mujer tampoco. Eso no lo hice nunca. Pero los estoy matando, y son muy chicos, ¿me entendés?

Yo lo entendía, pero no podía hacer nada. Porque le hablaba y le hablaba, pero siempre volvía a lo mismo. Se daba cuenta de todo el polaco, pero no podía salir. Se tuvo que internar cuando la mujer por fin lo dejó y se llevó a los chicos, y él se quedó solo. Ahí no

pudo más y se dio cuenta que se iba a morir como su viejo, porque no iba a haber nadie que le saque la ginebra de la mano. Y estuvo dos años sin venir a laburar. Como los patrones le seguían pagando el sueldo, pudo mantener a los hijos y ahorrar. Salió y se alquiló una casita lejos de acá, para vivir tranquilo. Pero la vida nunca se olvida de nada, y el cuerpo tampoco. Hace menos de un mes que el polaco volvió a laburar. Hoy faltó, lo vi en la puerta del boliche cuando venía.

VIDA Y OBRA DEL POETA GRIEGO AQUILEAS ELO- DIS (1916-1976)

Hernán Martignone

Aquileas Dimos Eleas (Αχιλέας Δήμος Ελαίας) fue el verdadero nombre de este egregio y regio poeta griego o, mejor dicho, el que le dio el director del orfanato que lo había recogido; más tarde cambiaría su apellido a Elodis, según decía (aunque no con tantas palabras) porque odiaba la cacofonía de las biensonantes rimas. También le gustaba decir que su segundo nombre era Libertad, lo que le ganaría las burlas de sus compañeros de escuela primero y de más de un crítico literario después.

Lo habían abandonado en la Plaza Omonia, en un cajón de fruta como a un niño expósito, y cuando murió expusieron su cadáver (a cajón cerrado) en la Plaza Síntagma, durante los muchos días que duraron (porque se olvidaron de llevarse el cuerpo) los bastante multitudinarios funerales populares y los ingratamente pocos homenajes oficiales. “Nadie es poeta en su entierro” se comentaba a cada rato por lo bajo. Su último libro, *εγωφωνία* (*Egofonía*), lo escribió durante la convalecencia de un derrame de pleura que, finalmente, acabaría por matarlo, cuando al salir del hospital fue atropellado por una ambulancia, el 25 de marzo de 1976. En su documento de identidad figuraba como fecha de nacimiento el 13 de octubre de 1916, pero quizás había nacido un día antes.

Su primer libro, *Desviaciones* (en el original *ελευθερόστομοι*), rompe con todo lo que se venía haciendo en poesía en Grecia hasta el momento, y Elodis profundizó luego ese camino en el coloquial *ώς έπος ειπείν* (*Por decirlo así*) y cavó su fosa en el escatológico *λογοδιάρροια* (*Parloteo*), junto con el más hermético (para algunos “emético”) *μεταχαρακτηρισμοί* (*Transliteraciones*). Se consideraba a sí mismo “elitista y eliotista” y “aspirante a Esopo”.

Se había ganado el odio de casi todos sus coetáneos con un solo verso, típico de su riquísima eco-

nomía poética apreciable sobre todo –pero no solamente– en *δεκάλογος* (*Diez palabras*), libro consistente en diez poemas de una palabra cada uno, y *λογοδοτώ* (*Dar que hablar*), libro que consistía únicamente en ese título. En el verso antes mencionado, del libro *κόκκινοι ρυθμοί* (*Versos infamables*), donde hablaba sobre los poetas griegos entre los que, por cierto, se incluía (aunque eso a ninguno de sus colegas pareció importarle), afirmaba: *έχουμε λύρες και θέλουμε λίρες* (“Tenemos liras y queremos dracmas” sería una traducción aproximada, con un poco más de color local que en el original; pero tal vez se rescataría mejor el espíritu de ese endecasílabo vertiéndolo como “Tenemos liras y queremos libras”). Tampoco había caído bien aquella expresión suya en la que sostenía que nunca sería tan buen poeta como Homero porque él era apenas miope, y varias veces amenazó con sacarse los ojos. De ahí su estadía casi vacacional en el manicomio general de Atenas, como paciente ambulatorio, de donde salió el librito *τρέλα* (*Locura*), que encierra aquel par de shockeantes versos: “el cantor entra al loquero / para volverse recuerdo”. Después de aquel desequilibrio pasó un tiempo, además, en una clínica de rehabilitación por su alcoholismo (“los ismos apestan”, declaró alguna vez), pero en su vida probó una gota de *ouzo*, la más griega de todas las bebidas. De esta experiencia quedaron los versos de *ρετσίνα και τριαντάφυλλα* (*Vino y rosas*, 30 hojas) y de *νοέμβριος* (*Noviembre*, también 30 hojas).

Cuando se fugó del orfanato, antes de los dieciocho años, se instaló en un monoambiente de la calle Marni que pagaba vendiendo suvlakis y tirópitas ambulantes, de los que también se alimentaba. En ese departamento pasó toda su vida, alquilando, siempre solo. Jamás se casó y, como no había tenido padres, tampoco se le ocurrió tener hijos. Allí escribió, muy joven y de una sentada, su arte poética, en apenas tres trozos de papel higiénico: la tituló *Pies ligeros*. A los veinte años ya era un poeta con todas las letras (y con todas las sílabas), pero al mismo tiempo despreciado por casi todos los letrados: ¿cómo hacerles entender que no cabía, ni cabría jamás, en su definición de diccionario? Como respuesta a esa inquietud escribió su gran aporte a las letras griegas, *λεξικό άπαξ κτλ.* (*Diccionario y después*, 24 páginas, dedicado a Pedro Olalla), donde definía un neologismo por cada signo del alfabeto, neologismo relacionado además con un evento crucial de cada uno de los cantos de la *Odisea*. Algo en él cambió cuando, en una gala literaria, fue apuñalado por otro poeta, pero nada se vio afectado en su obra, que siguió el derrotero natural que su musa, pequeña pero cumplidora, le había trazado.

Canoso ya desde su niñez, a los treinta se había dejado crecer la melena que lo acompañaría hasta su muerte. Las fotos del niño de pelo blanco y del melenudo anciano se han vuelto verdaderos íconos

de la cultura griega y adornan indefectiblemente todas las ediciones de sus obras completas (agrupadas bajo el nombre de *ψευδός*). Vivía obsesionado con su pelo y con el pelo en general: Elodis era tricófago, tricólogo y tricomántico. Su único poema largo compuesto en verso blanco, *Peluquería*, reescribía palabra por palabra *Tabaquería* de Pessoa, pero jamás repetía un vocablo en la misma posición que el original portugués. Se ha dicho a menudo que esta obra, en la que el yo lírico observa de lejos una peluquería, está teñida de un fuerte cariz autobiográfico, ya que muchos lo llamaban “ο μαλλιαρός” (“el peludo”) e incluso “η μαλλιαρή” (“la peluda”). Sin embargo, puede decirse que τα μαθήματα παθήματα (como todos los demás títulos de su obra completa, mal traducido –en la reciente edición madrileña que venimos siguiendo– por *Las dolencias docencias*) es lo más autorreferencial entre sus escritos, aunque puede que también se haya filtrado algo de sus vivencias en *εγώ* (*Yo*). Lo llamativo es que en *Las dolencias...*, para hablar de sí mismo, recurre a la sal de los refranes del habla cotidiana de los griegos, finalmente modificada en su propio interés o beneficio.

Elodis se politizó en *Poemas electos* (antología personal en la que, al reunir viejos poemas de diversos libros y temáticas, estos se vuelven de contenido político por la cercanía con los otros y fuera de su “frívolo” contexto original) y en *Canto de general*

(1970), notable crítica a la dictadura de los coroneles. Compuesta a lo largo de tres años y formada por doce haikus que los miembros de la resistencia a la tiranía usaron muchas veces como santo y seña para sus reuniones, no existe hoy griego que no sepa de memoria al menos uno de esos poemitas. Coqueteó también, no obstante, con la vanguardia, como homenaje a su admirado T. S. Eliot, en *φλέρτιγκ* (*Flirting*), y da a la imprenta la provocadora *Ιλιάδα*, que provocará la cólera de más de un tradicionalista. Antes había publicado *αντίφραση* (*Contraducción*), florilegio en el que vierte al griego a poetas de diversas nacionalidades cuyas lenguas desconocía por completo, y *Ecolalia*, en el que versionaba (“solo para molestar”, decía) los poemas de su amigo Yorgos Seferis pero redactándolos en *ka-zarévousa*, esa forma arcaizante de la lengua propia de las élites griegas (“así lo entienden”, dijo también). El amor tampoco le fue ajeno: *ελένη ύβρις* y *ο έρωτας ρωτά* (*El amor cuestionador*) dan cuenta de su buena suerte con las mujeres (sobre todo pagas, acotarán los maliciosos de siempre: su épica fealdad lo había hecho acreedor al sobrenombre de Tersites). Religión y guerra se mezclan en *Las sangradas armaduras*, y sus artículos periodísticos sobre teatro clásico griego están reunidos en *Ensayos*. Inédita permanece aún su traducción de *Zaratustra hablaba así*.

Había tomado la decisión de publicar pocos versos, pero en muchos libros: “Poco es mucho”, solía

decir que había oído por ahí, con la misma brevedad (o vaguedad) que lo caracterizaba en todo. Le gustaba jactarse, de manera abstrusa, de que para entender su obra alcanzaba con tener el vocabulario de un niño pequeño (o de un idiota, decían algunos poetas de su generación, carcomidos por la envidia), quizás porque no era de la nobleza y quería ser un vate en verdad popular y que lo leyera, literalmente, todo el mundo. Pero, eso sí, en griego: había prohibido de manera terminante que sus versos se tradujeran a otras lenguas.

Obtuvo en 1961 el único galardón de su carrera, el Premio Noble de Poesía (otorgado por el diario *Clarín* de la Argentina), con su poemario *ούτε το άλφα* (*Ni jota*) de sonetos breves (1,4 versos cada uno) y concisas prosas poéticas, relegando a un segundo puesto a *El hacedor* de Borges. En su extrañamente largo discurso de aceptación (unos seis párrafos), conocido popularmente como “Estas piedras, mi destino”, Elodis dijo que había esperado ganar un premio para poder transmitir un mensaje, y pidió a los ingleses y franceses: “Devuelvan ya los mármoles del Partenón”. Ofreció a cambio cederles los derechos de toda su obra, que le reportaba ya por entonces una inmensa fortuna (de la que se consideraba padre y no hijo). Nunca obtuvo respuesta, pero la esperó por el resto de su vida.

Cabe destacar que jamás salía de Atenas (su única visita a un país extranjero fue en ocasión de recibir la distinción en la Argentina) y que todas las tardes subía a la Acrópolis para charlar con los turistas en inglés o en francés, las dos únicas lenguas que manejaba con verdadera fluidez, y respondía amable y fidedignamente a todas las preguntas que le hacían. Les dejaba, como regalo al despedirse, un escueto poema de ocasión escrito en su mágico griego. Ahora esos textos están siendo recopilados, en versión trilingüe, por el *blog* conjunto de la Oxford University y de la Université Paris-Sorbonne, en un proyecto titulado *Acropole Scroll (Los rollos de la Acrópolis)*. El que lleva el número 6 (se han recuperado hasta hoy cerca de siete mil) es el que me dedicó a mí, después de tomarme una fotografía con las Cariátides de fondo –y una a mi lado–, y está fechado el 15 de julio de 2010 (fecha de mi envío al proyecto, porque no pude recordar cuándo me lo había escrito). Dice así:

κόκκινη μαγεία	Red Magic	Magie rouge
κόκκινο αίμα	Red blood	Rouge sang
κόκκινα μαλλιά	Red hair	Les cheveux rouges
κόκκινα ματιά	Red eyes	Yeux rouges

Después del conversado ritual de todos los días, Elodis daba una vuelta al Partenón, llorando, con los ojos casi siempre apuntando a las piedras abajo, y se sentaba, de espaldas a él, a escribir su gran obrita mirando la ciudad, que le parecía (porque lo era de hecho) la única de la Tierra.

*Para Miguel Chiovetta
y Jerry Brignone*

σας ευχαριστώ πάρα πολύ

LA GESTIÓN DEL TIEMPO (O LAS COSAS INSÓLITAS QUE HACEMOS PARA OCUPARLO)

Reina Rosko

Iván es de esas personas que siempre están buscando razones para complicarse la vida. Él lo llama “exceso de inventiva”, yo creo que es demasiado tiempo ocioso. Cuando la gente tiene mucho tiempo vacío, necesita llenarlo con algo. Así, creo, se inventaron los hobbies. En general, estos son actividades con poco sentido práctico pero que dan placer a quienes las realizan porque dan una sensación de placida realización. Construí un avión a escala, un bellissimo *Das Ugly Stick*, alias El Barón Rojo. Ayer

le tejí un chalequito a mi nieto, con botones y todo, una belleza. Sí, finalmente tengo el mazo completo de esas cartas de colección japonesas tan difíciles de conseguir. Me tomó más de tres años y miles de dólares pero finalmente lo he logrado. He hecho algo, de cabo a rabo, con mi vida y me siento completo. Esos son los momentos en que uno se siente finalmente realizado. He llenado el vacío que es el tiempo con algo y puedo considerarme orgulloso.

Otra forma de llenar jornadas ociosas es unirse a un club. Juntarse con otra gente que, como uno, tiene mucho tiempo que gastar y un interés similar al tuyo y hacer juntos eso que tanto les gusta. Si sos solo vos, sos un ridículo. Pero si son varios se convalidan mutuamente. Entonces, armemos un club de Harry Potter y discutamos si estuvo bien lo que hizo Severus Snape en el capítulo 5 del sexto libro, o planifiquemos la futura boda de Ron y Hermione. Sí, esa que nunca ocurrió en los libros originales pero que bien podemos perder tiempo en planear. Que José haga de Ron y Leticia de Hermione. Yo pongo la torta, ¿quién se encarga de los souvenirs?

Dos grupos interesantes que he descubierto recientemente son el Club de los Observadores de Palomas (en inglés *Pigeon's watchers*) y el Club de los Cazadores de Aire. El primero comenzó en Brighton, Inglaterra, pero rápidamente fueron germinando sucursales en todo el mundo. Que el nombre no los engañe. Por esas cosas de los idiomas resulta ser que

watch en inglés significa observar y vigilar. Estos curiosos ingleses hacen las dos cosas pero con un fuerte acento en la segunda. Es que lo que ésta extraña gente piensa es que las palomas se traen algo entre manos, perdón, entre patas. Parece ser que estas aves son sospechosas. Es esa forma de caminar, de entremeterse entre nosotros y cómo cuando se juntan, y uno se acerca, se dispersan como si no quisieran que supiéramos lo que están tramando. Este grupo se dedica a observarlas esperando que gracias a ello puedan descubrir lo que estas criaturas andan maquinando. Nada de 9/11, nada de área 51, o si el hombre llegó realmente a la Luna, lo que nos interesa en este momento es la conspiración de las palomas. No sé si podré salir tranquila de casa hoy.

Pero si este club les pareció florido, el de los cazadores de vientos los dejará patidifusos. Fue fundado por una señorita escocesa llamada Patty Mitchells en 1979. Parece que en las islas británicas les sobra el tiempo, quizás por alguna extraña condición planetaria, y se la pasan inventando clubes originales. Esta chica Patty se le ocurrió la gloriosa idea de tomar un simple tarro de vidrio, irse a las *highlands* de su querida Escocia y juntar aire en él. Sí, aire. No satisfecha, anduvo por todo el territorio juntando aire de distintas ciudades. ¿Para qué se preguntaran? Nadie lo sabe. Resulta que la pobre Patty tuvo un ataque cardíaco y murió sin poder explicar las razones de su colección. Fácil sería decir que era una

excéntrica con mucho tiempo libre. Pero esa sería la explicación vulgar. Hubo un grupo de gente que pensó que quizás Patty tenía la posta de algo y comenzó a imitarla en distintas partes del globo. En la actualidad, el club de los cazadores de aire lleva recolectadas muestras de aire de 1.968 lugares distintos incluidos el Everest, la Antártida y el Amazonas. Contra todos los pronósticos, el club crece cada día, tiene 300 miembros y para el año que viene planean recolectar unas 600 muestras más.

Pero esta historia no es sobre Harry Potter, las palomas o *dear* Patty. Es sobre Iván y las formas en que ocupa su tiempo. De clubes varios a ocupaciones ridículas, Iván lo ha probado todo pero nunca ha logrado sentir esa sensación de realización personal que tanto buscan los hobbistas del mundo.

A los 15 años fundó el “Club más pequeño del mundo” cuyo único miembro era él mismo. Incluso logró contactar a la gente del Guinness para que lo incluyeran en su libro anual pero no lo tomaron en cuenta porque, cito, “el club no parece tener ningún propósito o razón de ser”. A pesar de sentirse rechazado, Iván no se detuvo allí y comenzó a pensar en algo que lo definiera como ser humano y que podría convertirse en un propósito del club. La única conclusión a la que arribó es que no había nada particularmente excepcional en él que ameritara la fundación de un club y allí es cuando se le ocurrió la fantástica idea de formar el “Club de gente medio-

cre”. Créanlo o no, ese fue el nombre elegido. Contra todos los pronósticos, este sí funcionó y llegó a tener unos treinta miembros estables, siendo Iván, claro está, el presidente de los mediocres. Había gente que pintaba bastante mal, gente que actuaba más o menos, un pescador que jamás había podido pescar nada, un imitador de Elvis que cantaba en un inglés incomprensible. “En realidad la mayoría de la gente no hace nada excepcionalmente bien. Los que hacen las cosas muy bien son pocos y tienen sus propios clubes, ¿pero qué hay de los que no? Nosotros también tenemos derecho a un club propio, ¿o no? La sociedad no acepta a los mediocres lo cual es una contradicción ya que ésta está compuesta en un 99 por ciento por gente que no es buena en nada en particular. Aceptemos que es muy difícil ser genial en algo, aceptemos que nos gusta hacer algo que en verdad hacemos medianamente o directamente mal. La gente no quiere hablar de esto, se niega a hablar de sus fracasos. Pero nosotros no. Vivamos con nuestra mediocridad y seamos felices con ella”. Esta era la arenga de Iván a los mediocres, que vivaban con alegría que alguien finalmente pusiera voz a sus pensamientos. El club murió a los pocos meses, parece que entre las incapacidades de esta gente también estaba la organización de un club.

Pero la idea de tener un club propio no murió allí. Estuvo el “Primer club argentino de coleccionistas de latas de colección (sic)”, el “Club Nacional de imi-

tadores de Isidoro Cañones”, la fundación del ya mítico “Villa Crespo FC.” que prometió desbarrancar a Atlanta del podio de la gloria barrial, y llegó a tener 13 miembros, pero que no sobrevivió el año de existencia. Todos lo recuerdan por aquel legendario partido en la canchita del gordo Marcelo, Marcelo’s 5 se llamaba, donde el glorioso Villa Crespo FC. le ganó a la Barra de Camargo por 52 a 51 tras una agotadora e interminable ronda de penales.

Su última invención se le ocurrió casi por casualidad. Un amigo policía le contó la historia de una vaca que había huido de un camión que la transportaba al matadero tras una colisión en la autopista. Es sabido que hay vacas que son más inteligentes que las demás y ésta, a la que apodaron Gladis, al ver la puerta trasera abierta, escapó hacia la libertad de manera momentánea, antes de ser capturada por los lugareños y asada en un memorable asado en el querido pueblo de Chascomus. Antes de la comilona, la bobina libertaria fue fotografiada por la policía como evidencia. El agente, uno sabrá porqué, le mostró la foto de Gladis a Iván quien, como quien se enamora a primera vista, decidió en ese instante que dedicaría su vida al retrato vacuno. Con una vieja cámara en mano, se iba los sábados a retratar vacas y terneros. Así fundó el “Club de apreciación bobina”, el cual tuvo dos miembros, Iván y un mequetrefe de 10 años llamado Benito que en aquel tiempo había tomado a Iván como mentor y lo seguía por todos lados.

En fin que ese club tampoco prosperó, no a mucha gente le interesa retratar vacas. Pero eso no desalentó a Iván que siguió fundando clubes hasta la actualidad. Este año volvió a contactar a la gente del Guinness, quiere entrar a la gloria como la persona que ha fundado más clubes en el mundo. Ojala se le de, che, que por ser un idiota no deja de ser un buen pibe.

ESTÁN JUNTOS ADENTRO DEL AUTO

Bárbara Duhau

Ella está sentada en el asiento del conductor, él se acaba de sentar en el del acompañante. Ella no quiere arrancar, quiere explicaciones. Él no sabe de qué le habla. Es de noche, hace frío. Ya casi no queda nadie en la calle. Están estacionados. De todas las maneras posibles. Él la inquieta. Ella lo mira. Él se incomoda, se mueve, titubea. Ella tiene la mano derecha sobre la palanca de cambios. Ella tiene el control. Pero no arranca. Con la otra mano se toca la nuca. Se masajea el cuello. Él no entiende. Ella habla. En otro idioma. Él no es políglota. No entiende qué le quiere decir. Ella se impacienta. Él pone la mano sobre la palanca de cambios. Sobre su mano. Mano sobre mano sobre los cambios. Ella saca su mano.

No quiere tocarlo. Los cambios los va a hacer ella. Él mira por la ventana y ve a un hombre. Está todo vestido de negro. Tiene puesta una capucha negra sobre la cabeza. No puede verle la cara. Lleva algo entre sus manos. Él le ruega que arranque. Ella le grita. Él amaga a bajarse del auto pero el miedo se lo impide. Dejar el auto implica dejarla. Dejar el auto implica enfrentarse con el desconocido. Con lo desconocido. Ella llora. Las dos manos sobre la cara. Él sigue mirando a aquel hombre, que ahora mira para todos lados. Sigue con eso entre las manos. Eso que sostiene en el aire. Ella sigue llorando. Las gotas sobre el regazo. El hombre de afuera se sienta en una escalera. No hay nadie más en la calle. Algunos autos pasan. Él le ve la mitad de la cara al hombre por unos segundos. Ella está en otra. Busca los pañuelos en la guantera. Le toca el brazo a él con su mano. Sin querer. Ella le pregunta a él qué mira. Él le responde a ella que ese tipo no le gusta nada. Ella le dice que no la escucha. Ella tiene razón. Él está en otra. Ella ya lo sabe. No va arrancar pero vuelve a posar la mano en la palanca. Se recompone. Mira hacia el frente. Ahora está asustada. Qué hace ese hombre en la escalinata del banco a esta hora. Qué es lo que agarra con las manos y mueve y rebusca. Él la apura. Vamos. Vayámonos de acá. Ese tipo tiene un arma. A ella le empieza a retumbar el corazón en el pecho. El auto es un micromundo. Los sonidos de afuera se amortiguan. Los de adentro se maximizan. El hombre se levanta

ta de la escalera. Mira hacia el auto. Él le grita a ella que arranque. Ella quiere arrancar el auto. Acuerdan. Ella pone en marcha el auto con la llave. El auto no arranca. Él le vuelve a gritar, ahora más fuerte. Le sacude el brazo para que ella reaccione. Ella ya reaccionó. Ella no es tonta. Ella no es lenta, como él le dice seguido. El auto arranca. El hombre está a centímetros del auto. Sigue con la capucha puesta. Todo de negro. Parece la muerte en persona. El hombre tiene un arma entre las manos. El hombre va a matarlos. Él se desespera. Ella recula el auto. El sonido de la marcha atrás es tranquilizador. El hombre queda iluminado por las luces del auto. Él está concentrado en la marcha atrás, siempre le dice a ella que no sabe manejar. Ella se adelanta. El hombre de afuera está inmóvil, encandilado por las luces. Ella ya no tiene miedo. Ella está segura. Ella frena el auto y lo ve. Ve lo que tiene el hombre de afuera entre las manos. Es un gato. Un gatito negro y minúsculo que la mira tan asustado como estaba ella antes. El hombre de afuera lo sostiene suavemente con las manos. El hombre de afuera es mejor que él.

E. M. P.¹

Emanuel Alegre

Durante toda esa semana estuvo viendo los destellos que se elevaban desde detrás de las lomas. Y con cada destello, a los pocos segundos llegaba una explosión. Y con cada explosión la misma pregunta: ¿Todavía están lejos?

Él los miraba y no podía hacer otra cosa que mentirles. Les decía que nunca iban a venir al valle, que aquellos que estaban del otro lado de la loma ni siquiera debían saber que ese lugar existía.

Entonces la veía susurrándole algo al niño que dormía en sus brazos mientras se iba hacia el otro lado de la habitación. Él la miraba unos instantes y volvía a los destellos para comprobar cómo iban creciendo.

¹ Siglas en inglés de *pulso electromagnético*.

Los primeros días se despertaba en medio de la noche y se quedaba viendo cómo el resplandor de las explosiones iluminaba el rostro de ella. Cómo sus facciones parecían tomar vida con las tonalidades amarillas y rojas. Algunas de esas noches en las que se despertaba en vez de levantarse, abría los ojos y miraba hacia el techo esperando escuchar el sonido que delatase que todo estaba por acabar. Hablando entre ellos habían imaginado cómo sería: las explosiones cesarían, y después silencio, un silencio prolongado que parecía succionar las esperanzas. Entonces escucharían como los camiones y los helicópteros se acercaban, cada vez más rápido, cada vez más ensorcedores, hasta que los ruidos producidos por las máquinas se callasen para darle lugar a las voces y a las pisadas.

También cabía la posibilidad de que otra bomba hubiese estallado y entonces ya no habrían más helicópteros ni tanques ni aviones ni camionetas y sólo se escuchara un día el ruido de las botas, primero como el rumor de hojas cayendo, luego, como el ruido de un río en pleno deshielo.

Otras veces abría la ventana y se quedaba contemplando los destellos e imaginaba lo que estaba pasando del otro lado de las lomas. En cuál era el sentido que alguien podía encontrarle en matar a otro por un pedazo de tierra o por un poco de agua o por pensar distinto. Pero también cayó en la cuenta de que la guerra no la hacían los que se mataban en

las trincheras o eran incinerados a dos mil metros de altura en sus aviones o desaparecían por la explosión de una bomba dejando sólo por rastro pedazos de carne negruzca. Las guerras las hacían tipos que vivían en despachos con calefacción, aire acondicionado y frigobar a tres mil kilómetros de distancia. La guerra para esos hombres no era más que una palabra, una serie de fonemas vacíos, una cantidad de números en un informe, un medio para demostrarle algo a alguien o conseguir algo que se deseaba sin la necesidad de entregar nada a cambio.

No recordaba cómo sucedió ¿Estaban llegando a la casa cuando se detonó la bomba? No, creía recordar que estaban por ir a la ciudad para comprar algo de vino y unas viandas. Recuerda que habían pensado cenar en el balcón, admirando esas mismas colinas que ahora lo desvelan. Mira por la ventana y ve el auto a casi tres cuadras. Habían salido para tomar la ruta, de repente el auto se detuvo y la radio se quedó muda. Pensó que había sido la batería, pero al bajarse vio que sobre la ruta habían varios otros autos detenidos con sus ocupantes realizando la misma acción: capots levantados y con medio cuerpo dentro del motor intentando descubrir algo. Como un destello se le ocurrió que podría haber sido la bomba. Todavía no entiende porqué pensó justo en eso. Podría haber pensado en vientos solares, en una magnetización incomprensible del planeta, hasta en una radiación que pudiera haber afectado todo

artefacto electrónico, pero no, sólo una imagen se le presentó en la mente: La Bomba.

Volvieron caminando, mientras sus vecinos ocasionales salían a la calle, entre sorprendidos y asustados. Ella hablaba con todos, él se quedó callado, pensando por qué la habían detonado. Muchos subieron hasta la ruta y se dirigieron hacia el sur, hacia la ciudad. Otros, tomaron el camino que iba hacia las lomas: pensaban que lo que había pasado era algo zonal y que tal vez en el siguiente pueblo aún hubiese electricidad y algún medio de transporte que todavía funcionase. Nunca volvieron a verlos. Eso no significaba nada, pero desde esa tarde ningún vehículo había vuelto a pasar por la ruta. Y después vinieron las explosiones.

Fue al amanecer del segundo día. Sintió como un zumbido, como si un mosquito gigantesco hubiese pasado sobre su cabeza a gran velocidad. Se quedó en la cama, tirado, mirando el techo, atento. No se sorprendió tanto por la explosión sino por el destello que iluminó el cuarto. A la primer explosión la siguieron una infinidad de explosiones y siempre tras cada explosión esos destellos como si alguien festejara. Esa mañana se giró y la miró, seguía dormida. Una extraña sensación, similar a la envidia lo embargó.

Durante el día muchas veces se sentaba junto a la ventana, espiando por las rendijas de las persianas bajas, atento, con temor. Al tercer día se dio cuenta

que el temor que sentía no tenía nada que ver directamente con él, sino con esa mujer que amamantaba a ese niño que había ayudado a engendrar. Los observaba en la penumbra, como si no pudiera participar en la comunión que ambos seres tenían. ¿Cuánto iba a durar todo esto? ¿Cómo explicarle a su hijo que en algún momento había existido algo llamado paz, que la guerra no era el único motivo por el que vivían los hombres? ¿Conocería ese niño cuando creciera otra cosa que no fuese la guerra?

Fue a la quinta o sexta tarde cuando lo vio. Cruzó corriendo por el patio delantero. No tendría más de veinticinco o treinta años y por su aspecto venía del frente.

Siguió al muchacho con la vista, lo vio llegar hasta la fila de autos inservibles y por un momento deseó que siguiera su curso, que no se detuviese, que cayera muerto del otro lado del camino, pero se desplomó justo antes de llegar a una camioneta estacionada junto a la reja del jardín. Esperó a que se moviese, que se pusiera de pie y saliese corriendo. Es más, deseó que lo hiciera, que desapareciera como si nunca hubiese existido, ni él, ni las explosiones, ni la guerra, ni la bomba. Pero sólo vio cómo sus ropas se movían por la brisa. Dudó entre salir o no. ¿Pero qué podía hacer? Además, seguro vendrían otros detrás de él, y si venían tras él, no tardarían mucho en llegar. Y detrás de ellos vendrían las explosiones y los

gritos y los llantos. Miró a su mujer y a su hijo. Y por un momento sintió los ojos de ella clavados en él. No pudo devolverle la mirada. Caminó hasta la puerta y antes de abrirla volvió a dudar.

Mientras caminaba por las piedritas blancas del camino se iba puteando por lo bajo. El ruido que producían sus pisadas se le antojó un gemido, un susurro. Seguro que el soldado estaba muerto. Estaba arriesgando a su familia por un tipo que podía ser un asesino, que tal vez, si hubiese tenido la oportunidad, los hubiera matado.

Llegó hasta los autos y miró hacia todos lados. Ya no tenía sentido dudar. Rodeó la camioneta y lo vio. Estaba tirado boca abajo, un brazo parecía que había querido aferrarse a la manija del vehículo. Se arrodillo y le apoyó apenas la mano sobre el hombro. Lo movió despacio, como hacía cuando chico para despertar a su hermano menor. Nada. Llevó la misma mano hasta su cuello y sintió la piel que ya empezaba a enfriarse. Estuvo por darlo vuelta para verle el rostro, pero para qué. Se puso de pie. Cuando dio los primeros dos pasos recién se dio cuenta. Se quedó parado, quieto, sin respirar. Y miró hacia las lomas. Lo único que el viento traía era la brisa que anunciaba el otoño.

LOS INVIERNOS

Jimena Repetto

Si estiro el brazo, puedo tocarte la nariz. O un ojo. Puedo meterte la mano en la boca y atraparte la lengua. Pero me quedo quieta en el medio de la plaza, junto a la fuente. Me pedís que me quede quieta y te hago caso. Me pedís que sonría y te hago caso. Estamos vos y yo y ya no hace calor. Está todo puro invierno, con los árboles amarillos. En el invierno algunos animales se esconden para dormir una siesta larga. Los osos y las tortugas. Las tortugas tienen una caparazón y viven más de cien años. Vos decís que saben muchas cosas las tortugas porque viven mucho, pero yo no creo. La tortuga que me regalaste está todo el día en el balcón y no sabe nada. Está bien. Me quedo quieta. Me quedo más quieta de lo que puedo. No respiro, no muevo el pie, no giro la cabeza. Me quedo quieta toda. Yo también invierno

como las tortugas y los osos. Cuando deje de invernar así toda dura, quiero que me prestes la cámara. Un ratito nada más, para poder sacarle una foto a la tortuga que está así de grande, como mi pie. También quiero sacarle una foto a la planta de palta. Parece una palmera chiquita. Yo sé que se rompe la cámara porque es importada, pero la voy a cuidar. La voy a usar nada más que para la tortuga y la palta. Las fotos te las dejo en el rollo y vos vas a la casa de fotos y me hacés una copia para mí. Así le muestro a la tortuga cómo se ve y me acuerdo de la planta de palta de chiquita porque un día va a ser un árbol. Está bien, me corro el pelo de la cara, pero hay viento, ¿qué querés? El viento mueve las cosas. Mueve las hojas, mueve a las hormigas, me mueve el pelo. El viento también mueve los aviones, ¿no, papá? Los mueve y hacen que vuelen muy alto. Cruzan el mar y del otro lado están los otros países donde hay gente que habla otros idiomas y hay nieve y viven los elefantes. ¿No es cierto? Yo quiero que un día me lleves a esos países. Yo sé que llevás mis fotos. Eso me pone contenta porque es como viajar sin moverse nada. Me quedo quieta, quieta y me quedo en la foto. Y la foto va con vos a todos lados. Yo quiero ser azafata. Como las azafatas que vuelan en tu avión y te dicen que soy hermosa. Quiero ser azafata y cruzar el mar inmenso. Cuando acá es invierno, allá es verano. Cuando acá es otoño, allá es primavera. ¿Ves?, estas cosas no las sabe mi tortuga porque no habla y nunca

salió del balcón. Yo sí las sé, mamá también las sabe. Ahora cuando termines de dejarme quieta, te voy a sacar una foto yo a vos. Para cuando sea azafata y les muestre a otros pilotos que vos sos mi papá y que un día me regalaste una tortuga porque los perros son muy grandes y en un balcón no caben. Te voy a pedir que te quedes quieto, muy muy quieto para que la foto no salga toda movida. Vos siempre te estás moviendo. Hoy estás acá y mañana estás en otro lado, arriba del avión. Te movés muy rápido, como el viento a veces. A mí me gustaría que invernés como la tortuga. Que invernés en casa y te quedes un rato bien largo. Yo puedo ir a trabajar por vos, si querés. Me subo al avión. Voy con tu foto y sirvo jugo de naranja. Voy y uso una pollera azul y un gorrito y zapatos de taco como los que lleva mamá al trabajo. Camino por el pasillo largo de los aviones y le pido a la gente que se abroche los cinturones, que no baje la bandejita de los asientos. Les señalo a todos la salida de emergencia y les muestro las bolsitas por si se marean el estómago. Les explico eso que vos me contaste de la presión del aire que te hace doler los oídos. Eso tampoco lo sabe mi tortuga. ¿Las tortugas tiene oídos, papá? ¿Cuándo termines con la foto, me empujás en las hamacas? Estoy cansada, el flash me pica los ojos. A las plazas se viene para jugar, no para sacarse fotos. Hay ciento quince chicos jugando y solamente yo estoy toda aburrida. Además se está haciendo tarde y vamos a tener que volver a casa y

vos vas a volver a armar tu valija y yo voy a tener que hacer la tarea para mañana y bañarme y comer e ir a dormir porque mamá se enoja. Se está haciendo tan tarde que no voy a tener tiempo de las hamacas ni de la calesita, si seguís con esta pavada de las fotos. No sé para qué me trajiste. Mamá me trae mucho mejor y me compra pochoclos y me deja subir al tobogán alto y no me pide que me quede toda quieta porque me va a extrañar. Si me vas a extrañar, quedate en casa. Quedate y te muestro la tortuga que inverna. Quedate por lo menos hasta que vuelva el verano. Si te quedás, voy a hacer toda la tarea y la maestra no se va a enojar porque dice que tengo la cabeza en cualquier lado. Es una estúpida que no entiende lo feo que es que te inverne la tortuga y no saque la cabeza para jugar. Lo feo que es que tu papá viaje a un país y a otro país y a otro país y no esté en ningún lado todo el tiempo. Lo feo que es viajar en la billetera y estar el invierno aburrída en el departamento chiquito que no entra un perro y mamá dice que vos no estás nunca y no hay plata ni para pintarlo. ¿De verdad me decís eso de que un día no vas a viajar más? Basta, me cansé de estas fotos estúpidas. Me cansé de reírme sin ganas. Terminala con la cámara. Si querés verme, mirame. Vení a casa y me ves todos los días como me ve mamá, como me ve la maestra y la tortuga. Ya está el cielo con una estrella y no me importa si salgo toda borroneada. Cuando no estás, yo también me acuerdo de vos borroneado. No sé si

tenés la nariz larga, o si tenés picudo el bigote, no sé si estás que te reís o tenés así la frente como enojada. Así que mejor así. Me muevo toda y la foto no te sale nada. Tengo frío y la plaza se está quedando sola. Ya no se escucha la música de la calesita. Con mamá me saco la sortija, con vos nada. Ni una vuelta. Pura foto. Prefiero volver a casa ahora. No, no quiero helado. ¿No te das cuenta que hace frío y me va a hacer doler la garganta? No me importa lo que me decís. Ahora no me quiero subir al tobogán y no quiero armar un castillo con la arena. Tampoco. Tampoco quiero ir a comer pizza o ir a tomar una coca cola o una muñeca nueva. No me compres más regalos. Llévame a casa que extraño a mi tortuga que inverna. ¿Qué te importa? No me insistas. Bueno, está bien: Lufthansa se llama. Sí, como tus aviones. Pero por lo menos se queda quieta. Sacale vos fotos a la tortuga y llévala en la billetera. Ella se queda quietita. ¿Ves? Ahí hay otra estrella más. No, no quiero que me prestes la cámara. Ahora corro rápido. Rápido como los aviones antes de despegar. No me alcanza la tortuga. No me alcanza el viento. Cuando me quieras encontrar, voy a estar tan lejos como en ningún lado.

SÓLO LOS PARANOICOS SOBREVIVEN

Aldana Fernández Walker

La cena se estaba prolongando más de lo necesario. Clarita había decidido no tomarse la combi a Capital cuando sus tíos accedieron a quedarse para unas cervezas y una picadita, no había necesidad de apurar la vuelta mientras todavía el sol estaba fuerte si podía volverse en auto cómoda y después de comer. Mejor aún, no iba a tener que cocinar, ni gastar su mensualidad en la rotisería, o engordar comiendo otra vez pizza o empanadas. Pero ahora la cena se estaba haciendo chicle, y ya no había más combis. Había que aguantar, tampoco podía insistir o ponerse cargosa, no tenía tanta confianza con la hermana de su padre y, además, aunque seguía siendo la menor de la casa, ya estaba en la facultad y no podía

portarse como una nenita caprichosa. Cuando se dio cuenta de que la conversación entre los grandes no parecía tener punto final, se levantó y se tiró en el borde de la piletta a escuchar música.

Se estaba quedando dormida cuando sintió que su madre la llamaba. Era hora de irse. Agarró su bolso que ya estaba listo al lado de la puerta y salió a la galería. No entendía por qué su vieja le había dicho que se iban si la tía seguía sentada fumándose otro cigarrillo. Ella se paró a su lado, esperando algún movimiento que le diera luz verde para subirse al auto. Pero su mamá le dijo: —Andá, te vas con Jorge. La tía se queda a dormir, total ella mañana no trabaja...

Por suerte la luz de la galería era tenue y nadie notó que se había puesto pálida. Su tío era un cuarentón tranquilo y buenazo, clase media-alta, profesional. De fútbol a veces y vuelta a la manzana con el caniche toy. Pero Clarita derrapó. La capacidad de imaginar siempre el peor de los escenarios, tan típica de una educación estrictamente católica y padres sobreprotectores, alimentada por las monjas y los sermones del domingo, la llevó a anticipar un ataque sexual por parte de su tío. Jamás lo había sorprendido en ninguna situación incómoda de mirada indiscreta, ni aún cuando ella se tiraba a tomar sol como un lagarto enfundada —si es correcta la expresión para una pieza de tela tan pequeña— en su bikini. El tío se evadía del sol escudado en su diario tamaño sábana. Ella nunca se relajaba, de todas formas, con

los hombres el peligro nunca dejaba de estar latente. El guardia que pasaba religiosamente cada media hora —seguro para verla—, el chico de la piletta, el jardinero, el de la proveeduría, todos podían abordarla en cualquier momento. Su peor pesadilla era ser violada. Su primera vez no podía ser así.

Saludó a sus padres y a su tía con un beso rápido, rozando las caras sin convicción y con un poco de resentimiento como quien va a cadalso y observa a la turba regodeándose morbosamente con la desgracia ajena. Cuando saludaron a los de la guardia, Clarita los miró rogándoles mentalmente que recordaran la cara de quien la estaba secuestrando con fines perversos, pero volvió la vista hacia el vacío de la noche que se abría delante de sus ojos cuando se dio cuenta de que era inútil. Sus propios padres la habían entregado. Mientras el auto avanzaba con sigilo por la colectora —Jorge respetaba religiosamente los lomos de burro, especialmente ahora que finalmente había podido comprarse el C4—, Clarita trataba de adivinar en qué momento iba a tomar por un camino desconocido para salir del campo visual y auditivo de los vecinos y someterla, quién sabe sino repetidas veces. Tal vez la mantendría secuestrada por días, o años, como a esa chica austríaca. El solo hecho de imaginarse el “coso” de tío Jorge apuntándole a su cachu de virgen sin depilar le hacía sentir náuseas, sobre todo porque nunca había visto ninguno y se lo imaginaba como algo húmedo y viscoso, de un rosa

amarronado como el bofe que le compraban al gato. Se relajó un poco cuando vio que Jorge agarraba la ruta. Eran sólo treinta y tres kilómetros un martes a la noche, no iban a tardar más de quince minutos, pero iban a ser los más largos de su vida. Mientras el tío manejaba concentrado en la ruta, a Clarita se le ocurrió una idea. Se hizo la que se arreglaba las uñas y despacito deslizó el alicate abajo de su pierna. El tío la miró de reojo: —Estas chicas, siempre coquetas!—, le dijo mientras sonreía con una candidez que ella interpretó fingida y libidinosa, como si sus uñas pudieran excitarlo al muy asqueroso. Jorge acercó la vista al panel.

—¡Pucha! Tengo que cargar nafta—, dijo con resignación. Para ella fue el principio del fin. Seguro lo tenía todo planeado. No había hecho ninguna movida cuando estaban en la colectora porque todavía estaban muy cerca de la civilización, pero las inmediaciones de la estación de servicio era el lugar perfecto. El lugar estaba desierto y además, con el reflejo de los tubos de luz blanca, los playeros no podían ver nada ni a nadie hasta que no se encontraran a menos de un metro.

Cerró los ojos y mientras le rezaba a la virgencita abrió el alicate tomándolo en su puño y dejando la punta salir entre sus dedos, como se hace con los sacacorchos. Estaba decidida, era su vida o la de él. Entró en un trance tan profundo que ni escuchó cuando su tío le preguntó si había visto la tarjeta de

descuentos de la estación de servicio. Estaba juntando puntos para sacarle a tía Alicia la minipimer que quería para hacer los daikiris en su fiesta de cincuenta. El tío se golpeó la frente con la palma de la mano cuando recordó que su esposa había dejado la tarjeta en el hueco de la puerta del acompañante, la última vez que habían cargado nafta. Mientras avanzaba despacio por el camino de tierra —por los lomos de burro, no había que agarrarlos en velocidad, dijo, o algo así— estiró la mano para agarrarla. Se la había pedido a Clarita, pero parecía que la nena se había dormido, pobre, con el cansancio de la pileta. Cuando la mano de Jorge rozó su pierna sin querer, ella abrió los ojos inhalando bruscamente como si hubiera estado jugando a contener el aire abajo del agua. Lanzó un pequeño grito ahogado —no gritó como se había imaginado que gritaría cuando la quisieran violar— y le clavó el alicate en el cuello. Convencida de que se había sacado un monstruo de encima empujó la cabeza sangrante que había caído sobre su falda como si quemara. Saltó del auto y miró a su alrededor, todavía estúpidamente buscando ayuda, como si ella fuera la víctima.

Los chicos de la estación de servicio no notaron su presencia hasta que la tuvieron al lado. No les dijo nada, sólo miraba el piso con las manos en los bolsillos.

—¿Qué te pasa?—, le preguntó uno. Ella no respondió.

—Che, ¿estás bien?—, insistió el otro.

Clarita por fin levantó la vista. Lo miró largamente y después señaló al C4 plateado que se había salido del camino al morir su conductor.

LA OFRENDA

Irene Klein

—¿Qué cambia cuando se tiene un hijo?—preguntás.

Mamá se levanta de un salto y corre hacia vos con los brazos abiertos. Tu mano, como una valla, se interpone entre las dos.

—Carina —protesta y regresa a la silla con aire ofendido. Patética, pensás, es patética cuando actúa como una actriz.

Papá, en cambio, con una sonrisa ancha, se re-cuesta en el respaldo y se cruza de brazos. Hay más alivio que alegría en su mirada. Una vez más te decepcionan.

—No estoy diciendo nada. Solo pregunto —decís.

—Tener un hijo es como tener un pedazo de cielo —dice mamá estirando la mano hacia el techo de la cocina.

Mirás el cielo raso salpicado de manchas de grasa. Soltás una risa sarcástica. Mamá se desconcierta, quiere apoyar los codos en la mesa y tira el mate. Hundís la mirada en la yerba desparramada sobre la mesa. También a vos se te caen las cosas en tu casa y a Gabriel le molesta. Esta mañana se te cayó al piso la jarra de vidrio de la cafetera cuando le serviste el desayuno, ayer el plato con lentejas cuando lo llevaste a la mesa.

—¿Otra vez? —dijo Gabriel—. No lo puedo creer.

Tal vez la torpeza sea hereditaria.

—Qué cambia en la pareja. —decís.

Mamá se pone en guardia. De a poco, parece entender.

—Si anda bien, la mejora. Pero si no... —toma aire como si se ahogara.— No es fácil tener un hijo. No se duerme. Un bebé llora todo el día.

—Tiene gases —dice papá—. Entre los dos van transformando el pedazo de cielo en lo que es, un pedazo de mampostería que se desprende del cielo raso.—Le salen los dientes. Te acordás cuando... —continúa pero se interrumpe cuando mamá le clava la mirada. Papá se encoge de hombros y se levanta de la mesa. Dice que encontró una filmación de tu fiesta de cumpleaños y quiere que la vean. Cumplías dos o tres años. Siempre encuentra una excusa para pasar una película familiar, para remontarse a un pasado que oculte el presente que no quiere ver.

Nunca quiso verlo. Aun cuando le dejaras todo a la vista. Los forros sobre el escritorio, botellas de vodka en el placard. Cuando supo lo de la cocaína, golpeó con el puño sobre la mesa, desprendió las fotos de Marilyn Manson que habías pegado en la pared. No más que eso. Todo su fuego se consumió en ese acto. Vos esperabas otra cosa, incluso que te diera un cachetazo. Ahora es un hombre manso, que solo se conmueve ante un partido de Boca y cuyas expectativas se centran en tener un nieto para llevarlo a la cancha y viajar a Disney. Todo lo que su viejo no hizo con él.

—Bueno, bueno —dice y sale de la cocina atropellando al gato.

Mamá y vos se quedan solas, frente a frente.

—Vos, Carina, ¿querés tener un hijo? —pregunta.

—Es como una prueba de amor, ¿no? Una ofrenda— decís.

Mamá te mira.

—¿Ofrenda? —Su expresión se vuelve grave. Tal vez perciba tus ganas de llorar—. Un hijo no es una ofrenda, Carina. No se le hace ofrendas a un hombre.

Ella no entiende. Apoya su mano en tu brazo y vos la dejás. Es agradable sentirla sobre tu piel, recuperás el calorcito que creías olvidado y por unos segundos tenés ganas de abrazarla. Pero algo adentro tuyo te obliga a endurecer la postura y sacás el brazo. En ese movimiento, torpe, la manga de tu camisa (¿aca-

so ninguno de los dos se da cuenta de que con el calor que hace vos estás en mangas largas?) se corre hacia atrás y deja al descubierto las manchas azules. Un descuido de tu parte (¿o lo hiciste a propósito? Preocupar a mamá es una pequeña crueldad que te satisface). Las manchas son de un azul oscuro, casi negro; de a poco, bien conocés el proceso, se volverán verdes, y cuando sean amarillas, desaparecerán.

—¿Y esos moretones? —dice mamá y su mano pretende llegar a la manga de la camisa que estiraste hasta cubrir las manos. Te vas hacia atrás, pegás la espalda a la silla .

—No es nada, dejame .

—¿Desde cuándo?

—No es nada.

—¿Solo en el brazo?

—Dije que no era nada. Me caí.

—¿Te caíste?

Panea con la mirada sobre tu cuello, tu pecho, tu cara. Busca más moretones, otras marcas que le permitan conocer la verdad. Y la verdad no es sino esa, que te caíste. Fue un sábado cuando a Gabriel se le dio por arreglar el lavarropas para no llamar al técnico. Como un cirujano te pidió que le pasaras las herramientas. Una pico de loro, Carina. ¿Sabés lo que es una pico de loro? Sabías, habías ayudado a papá a cambiar los cueritos de la canilla, pero no le dijiste. Luego te pidió que lo alumbraras con la linterna. No

alumbres para cualquier lado. Prestá atención ¿No ves dónde estoy trabajando? Estaba enojado, la culpa había sido tuya. Te dije, no hay que ponerle ropa pesada, hay que distribuirla, sino se desbalancea, se rompe el motor. El lavarropas era de él, hacía más de diez años que lo tenía y nunca se había descompuesto. Lo que pasa es que a vos nadie te enseñó. Mamita te lavaba la ropa, te cocinaba. Sos torpe.

La linterna se palmó rápido. Corriste al dormitorio, fuiste a buscar las pilas que guardabas en el placard. Encontraste una sola. Te acordaste que Gabriel tenía otra linterna en su mesa de luz. Revolviste entre sus pañuelos hasta dar con ella. Debajo, envuelta en un paño, la descubriste. La agarraste con cuidado. Nunca habías visto un arma de cerca. Dale, Carina, me estoy acalambrando, gritó Gabriel que seguía en cuclillas, sosteniendo el tambor del lavarropas. La guardaste otra vez. Sacaste una pila de la linterna de Gabriel, cerraste con cuidado el cajón. Te temblaban las manos cuando colocaste la pila en la otra linterna. Por supuesto, la pusiste al revés y Gabriel volvió a gritar. Dale, Carina, ¿sos idiota o qué? Corriste y en el apuro te olvidaste de la caja de herramientas que seguía en el piso de la cocina. Caíste de costado, sobre el brazo. La linterna salió disparada y las pilas rodaron por el suelo. Pelotuda, dijo él. Ahora tendría que arreglarse sin linterna. Te quedaste un rato largo tirada en el piso, no podías levantarte. No era solo el dolor. Era estar tumbada al lado de una pinza, la

mirada al ras del piso, a la altura de la mugre que se acumulaba bajo la mesada.

—Tus manos —dice mamá— ¿Tenés alergia otra vez?

Desde la adolescencia que te sale ese sarpullido en el dorso de la mano. Es el modo que encuentra la piel para enfrentar la agresión externa, te dijo la dermatóloga, que insistió con que empezaras una terapia.

—Tengo veinte años, mamá. No soy una nena. Cuándo van a entenderlo —gritás.

—Diecinueve —dice ella como si el número resolviera las cosas.

—¿Qué pasa acá?—. Papá entra a la cocina con un dvd en la mano.

—Nada —dicen las dos a coro. Mamá tiene los ojos húmedos pero papá no parece darse cuenta. Está demasiado excitado:

—Tres años tenías, Carina.

Las dos lo siguen al comedor. Papá se sienta sobre la mesa ratona. Mamá, a tu lado, en el sillón, te abraza de manera fugaz, antes de que puedas negarte. Vos no decís nada. Está bien que lo haga así, que te agarre y te suelte, rápido, que no te dé tiempo a rechazarla. Papá explica, orgulloso, que pasó el video a un dvd. Como si viera un programa de hechos insólitos, señala la pantalla y lanza silbidos. No puede creer que esa nenita enrulada con la boca roja de

dulce que trata de subirse a una reposera y que él filmó dieciséis años atrás, seas vos. Mamá apoya la mano en el hombro de él y hace como que mira la pantalla pero vos sabés que sus ojos buscan tus manos. Las metés en los bolsillos del jean a pesar de que te duele el roce de la tela. Papá la escucha suspirar y sonríe.

—Era linda nuestra gordita, ¿no?

Mamá no responde.

—Me voy —decís.

Papá levanta el cabeza, consternado.

—¿Ya? —Solo falta que diga que te vas a perder el final de la película. Pulsa el botón de off, no muy convencido, y desaparece la nena enrulada.

Son las cinco y Gabriel llega en una hora. No le gusta que llegues tarde.

—Te compré algo —dice mamá, como siempre, para retenerte cuando te estás yendo—. Un regalito

Te da una bolsita. Es una remera.

¿Una remera? Lo que tenés que pedirles es guita, dirá Gabriel. Cuando mamá te regaló la bombacha roja, la colgaste en el baño. ¿Me estás engañando, pichoncita mía?, dijo Gabriel cuando la vio a la noche. Usabas colaless rojas cuando empezaron a salir. Ahora ya no querés ir con él a la cama. Pero te dejás porque sino él busca otras mujeres a las que les puede hacer todo eso que a vos te duele. El dolor tenés que tragarlo, pichoncita. Aguantar es tu prueba de amor.

—Es grande —mentís y le devolvés la bolsa con la remera.

Ahora mamá hace la misma cara decepcionada que papá.

—Pero si ni la probaste...

—Gracias —le decís— pero no. Lo que quiero es diarios.

—¿Diarios? —pregunta papá y agarra el que está sobre la mesa—. Es el de ayer. ¿Van a ir al cine?

—No, es para el perro —mentís.

Tenés que limpiar los vidrios antes de que llegue Gabriel. Es un ventanal grande. Le gusta saber que hiciste cosas cuando él no está. Papá y mamá te acompañan a la puerta. Gabriel llega en una hora. Tenés tiempo. Vas a abrir el cajón de la mesa de luz, sacarla una vez más y sostenerla en la mano. Papá y mamá quieren abrazarte pero no los dejás. Mamá te mira las manos. Odiás que te traten como una nena, que se paren en la puerta y esperen que llegues a la esquina y te des vuelta y los saludes con la mano antes de cruzar.

Unos de estos días vas a tener el valor suficiente. Tal vez, entonces, cuando abras el cajón y la sostengas firme en tu mano, sea esa imagen, los dos en la verja, papá agitando la mano, mamá a su lado, la que te venga a la cabeza.

DON

Fabián Sosa

Me acuesto en mi cama. Mi mujer está dormida a mi lado. Pienso en mí.

Tengo un don extraño, que malinterpreté de chico y del que supe aprovecharme mientras pude controlarlo.

Mis deseos se cumplen invariablemente, pero no se trata de algo tan simple como el genio de la lámpara o la pata de mono. Sólo se cumplen mis deseos siniestros, inconscientes y hacia los demás.

Mis épocas de escuela fueron un infierno porque tenía fama de traer mala suerte. Mufa, yeta, piedra. Me lo dijeron de tantas maneras distintas que me lo creí. Una y mil veces les pedí a mis padres que me cambiaran de colegio, con la esperanza de que los nuevos compañeros no me rechazaran. Pero eso nunca pasó.

La muñeca esguinzada de Fenaglia cuando me agarró del cuello, el brote alérgico de la maestra de segundo cuando me mandó a la dirección y el ataque fulminante de asma de la rubia que me dijo que no. Es increíble que no pueda acordarme de su nombre.

Descubrí la causa de mi mal cuando decidí ir al analista. El tipo no hablaba demasiado, apenas se rascaba la barba y se acomodaba los lentes con el dedo mayor. Pero me hizo hablar. Hacía preguntas concretas, planteos que nunca se me habían ocurrido, como cuando me preguntó si sentía odio o si me dolía la cabeza cuando me levantaba.

Después de varias sesiones sacó una hoja de su agenda y empezó a anotar los quince casos que le había contado.

Hizo tres rayas verticales en la hoja apaisada y anotó “víctima”, “consecuencia” y “causa” en la primera línea.

El punto en común era que todas las víctimas me habían molestado o irritado de alguna manera. Él me explicó que la mente humana tiene una gran influencia sobre el cuerpo y que hay personas en las que esta influencia se manifiesta con mayor intensidad. En la mayoría de los casos se nota en el propio cuerpo. En el mío, uno en un millón, se ejerce en el cuerpo de los demás. Siempre se daba en gente que no estuviera muy lejos y el efecto era casi instantáneo.

En este punto, frenó y levantó la vista.

-¿Alguna vez mató a alguien? -me dijo.

Yo me reí. Él no. Le contesté que no.

Después me dijo que yo podría ser capaz de controlar el problema. Y que él conocía a una persona que me podía ayudar.

Mientras anotaba algo en un papel, se agarró la mejilla izquierda y frunció la cara. Dolor de muelas.

-No tiene ninguna razón para enojarse conmigo -dijo-. Yo más no puedo hacer.

Pegó un grito de dolor y dijo: -Váyase rápido, por favor.

Leí que me había anotado el teléfono de un parapsicólogo. Me enojé y rompí el papel, pero cuando lo iba a tirar, me arrepentí. Durante el viaje de vuelta armé el rompecabezas y llamé.

En la primera cita, el tipo usó pirámides, péndulos y otros instrumentos que no pude reconocer. Me dijo que estaba acostumbrado a tratar con médiums y con telekinéticos, pero que mi caso era algo serio. Que lo excedía. Que yo tenía que encontrar mi camino solo. Mientras me lo decía, la cara se le estaba poniendo roja.

Durante dos años me estuve ejercitando solo y llegué a lograr cierto dominio, que creí definitivo.

Gracias a eso pude escalar posiciones en la empresa. Logré formar una imagen amable y sin odio,

encubriendo mi personalidad de tal modo que las desgracias se tomaron como una consecuencia lógica. La hepatitis de mi compañera de equipo justo antes de una capacitación en el exterior. La doble fractura expuesta del supervisor del departamento después de una patada de uno de los cadetes durante un partido. Y el infarto del jefe de área por estrés.

Pero después de un tiempo, fui perdiendo el control. Los daños dejaron de seguir un patrón y lo peor es que llegué a lastimar a mis seres queridos. Cualquier discusión conyugal termina en un malestar. La última fue hace unos minutos, porque mi mujer quiso que tuviéramos un hijo. Yo no quiero tener que despertarme a la noche con su llanto y lastimarlo sin querer, pero ella no entiende.

Ahora, mientras la miro dormir, veo cómo empieza a desangrarse y no sé cómo ayudarla.

JEMANJÁ

Celeste Cervera

Éramos muy pobres, pero tuvimos vacaciones. Sí señor, con unas monedas tuvimos una semana de vacaciones que conservaríamos en la memoria. Habíamos tenido un año miserable y planeamos tantas cosas para escapar de la ciudad ¿saben? Hacer autostop hasta Iguazú, dormir en casa de un conocido del hermano de Rodolfo (en esa época lo llamaba Fito, esto que estoy contando sucedió antes de su despertar metafísico) tentar a algún bote a pasarlos al otro lado. Hasta escondernos en un camión. Fotocopiamos un mapa de carreteras en la biblioteca sin que nadie nos viera, en la escuela de adultos, para no pagar los centavos que costaba hacerlo ¡No podíamos derrochar! Qué tiempos... Cuando cuento esto, siento nostalgia por la aventura de la pobreza.

En fin, que me desvíó del tema. No es bueno divagar cuando nos sorprende la nostalgia.

Resultó que una amiga de Fito, pobre como nosotros pero además fea, de esas que ni el ocio de tirarse a un perdedor la podría entretener, ganó un concurso por lo que sabía de una telenovela de la siesta. No recuerdo si era de la siesta, o era una de la tarde de esas que disfrazan de serie con buenos actores, y son culebrones. La cosa es que esa chica miraba mucha televisión ¿He dicho ya que era fea? Sí. Y ganó un concurso enviando las respuestas a un apartado de correo. El premio era nada menos que una semana en un hotel de tres estrellas en el Nahuel Huapi. Era para dos personas, y la chica tuvo que irse con su mamá. Las dos vivían en una casa de una planta, con pocos electrodomésticos, pero con un jardín tropical en donde habían colocado una pileta de plástico, la única de todo el barrio. Lo que no gastaban en aire acondicionado lo ponían en el agua que llenaba esa cosa. Aunque tampoco pagaban el agua. La madre de Andrea, así se llamaba, era una artista con las plantas, y le envidiábamos ese jardín y esas orquídeas que el invernadero municipal le dejaba, según ella (su hijo trabajaba en él a cambio de una subvención del Estado). Si lo pienso bien, creo que todo el país estaba lleno de gente sin trabajo, ni coches, ni créditos, ni vacaciones, como nosotros.

Así que la madre de esta chica nos pidió que le cuidáramos la casa y, sobretudo, el jardín, porque Fito sabía de plantas, habiéndose robado esos libros donados por la escuela de jardinería a la biblioteca.

Yo sólo iba de amiga de Fito, y a falta de playas de Brasil me conformaba con esa pileta para curarme de peleas familiares. Una larga historia. Mejor digamos que necesitaba unos días lejos del área tóxica de mi familia. A cinco manzanas, distancia suficiente puesto que había que cruzar el canal que atravesaba el barrio. El canal era un límite psicológico. Por ese canal intentaron encajar un afluente del río, excusando así el derroche de cemento de los presupuestos inflados con los que llenaban nuestros barrios de gente sin nada que hacer.

Me estoy desviando otra vez de tema.

La noche en que despedimos a las mujeres, esa noche en la que varios vecinos se acercaron a brindar porque alguien, uno de los nuestros, había ganado algo, Andrea intentó ponernos al día del funcionamiento de las llaves de agua, la caldera, la comida de su gato, el cuidado de las orquídeas y yo qué sé cuántos detalles más cubiertos por la decoración de mantelitos de ganchillo. Aquella casa tenía los suelos y el falso techo en madera de pino. La enceraban y la lustraban de arriba a abajo una vez por semana, mezclando en la cera un poco de gamexane. Era la única manera de mantener a raya los bichos, cuya población aumentaba durante las estaciones de lluvia. Los bichos, decían, generalizando. La madre de Andrea nos señaló un sitio bajo el lavadero con todo lo necesario para mantener el brillo de los suelos justo antes de que llegara el hijo con un coche pres-

tado para llevarlas a la estación de micros. Cuando subían sus valijas un relámpago titiló en el sur, entre nubes gordas. Nos llegó esa brisa que sopla justo después de ver un relámpago o una descarga cuyo sonido no nos llega. Y recuerdo a Andrea, asomándose por la ventanilla del coche en marcha para darnos una última recomendación: que no tocáramos los barquitos.

Nos dejó allí, leyendo la patente del coche con cara de incógnita envuelta en la nube de polvo y oliendo el aceite mal quemado que dejó al acelerar ¿Los barquitos? Nos miramos preguntándonos si la habíamos escuchado bien, mientras los vecinos regresaban a sus casas con las manos en los bolsillos. Era medianoche, y cuando estuvimos solos en la casa quisimos festejar quitándonos el calor en la pileta, con unas latas de cerveza para brindar. Hicimos una carrera, despelotándonos por el camino, rozando las orquídeas y el poste del farol que parecía cubierto con un tul de mosquitos. Ya, ya sé que parecíamos una pareja a punto de echar un polvo en el agua. Pero entonces sabíamos de qué pie cojeaba cada uno. El barrio entero hablaba de nosotros, daban por hecho que algo teníamos, ignorando que al verme las tetas Fito no me apuntaba más que con el lápiz con el que dibujaba bocetos. Me utilizaba de figurín para probarme esos trajes bordados que salían de su cabeza de luchador de Sumo.

Ahí estábamos, desnudos y haciendo burbujas tirándonos pedos en el agua, cuando empezó a llo-

ver por sorpresa y sin banda anunciante. Salimos del agua y terminamos otras cervezas bajo el toldo, sin saber que no volveríamos a meternos.

Porque llovió hasta la mañana siguiente, se detuvo al atardecer y se largó a llover otra vez por la noche. Así, dos días más. La pileta se desbordó y sobre el agua fueron cayendo las hojas de los árboles que el viento sacudía cerca del farol. Desde el umbral del patio, mirábamos el jardín anegado y volvíamos a sentarnos por horas frente al televisor. Era la semana de la moda en alguna ciudad muy lejos de aquella lluvia espesa, y llegué a reconocer un Oscar de la Renta de un Carolina Herrera. Fito se olvidó de la pileta, trajo un bloc de hojas robado de la Subsecretaría de Cultura a donde iba siempre a pedir hilo y aguja y en unos días la sala de ganchillo desapareció debajo de cientos de bocetos de vestidos y zapatos. Obcecado y frustrado como estaba, no me escuchó cuando le dije que unas hormigas negras aparecieron por el desagüe del lavadero. Ni cuando le dije que las babosas y los caracoles nos invadían desde la puerta del jardín. Y mucho menos cuando grité en la ducha porque me cayó del techo un alacrán hambriento (¿que cuándo está hambriento? Cuanto más oscuro tiene el agujón, más días lleva sin probar bocado, y este cayó entre mis piernas y vino derecho hacia mí sin amedrentarse porque yo fuera doscientas veces más grande que él y empuñara el envase de champú con el que lo aplasté).

La noche del tercer día de nuestras vacaciones, seguía lloviendo. Le había dado de comer al gato de Andrea su ración de hígado, mientras terminaba de hervir nuestra ración para hacer el paté de la cena. El hígado era la única carne que podíamos comprar con una moneda y probamos hacerlo de varias maneras, descubriendo que podíamos hacer paté. Esperaba que el hígado troceado terminara de ablandarse, sentada frente al televisor. Había seres andróginos desfilando para un japonés al que le gustaba el metal. Parecían armaduras deformes, era imposible determinar por dónde habían metido a las personas en ellas. Lo adivinábamos desde el sofá cuando una sombra pasó aleteando cerca de mi cabeza, por la frente de Fito, por entre los bocetos de la mesa auxiliar, y se posó sobre la pantalla del televisor. Una cucaracha de agua, ruidosa, vestía a esos figurines de negro. Aleteaba y nos provocaba con sus patas cubiertas de pelillos. Fito, que calzaba cuarenta y ocho en esos borceguíes militares que consiguió de una donación venida de la ONU, no dudó un segundo en quitarse uno y arrojarlo, al tiempo en que yo saltaba para detenerlo (era el televisor de Andrea). Me dio de lleno en las tripas, lo sentí. Sentí mi estómago meterse hacia dentro y rebotar entre los líquidos. Hizo plop, plop, quitándome el aire. Me sostuve a duras penas, agarrando un par de papeles para hacer un rollo y llegar a darle, aún, a la cucaracha de la pantalla. Le dí, la tiré al suelo, y allí la pisé escuchando

cómo crujía. Me senté en las baldosas, mientras Fito se deshacía en disculpas llevándose sus manos pequeñas y regordetas a la boca. Se acercó a mí para ayudarme a respirar, y vio entre mis manos el rollo de papel con el que vencí a la cucaracha.

¡Válgame Dios! Mejor hubiera sido dejar que destrozara el televisor. Sus sentimientos, tan a flor de piel, descargaron otra tormenta aquella noche, porque había utilizado su obra maestra para matar un bicho. ¡Una bicho repugnante! La cucaracha y yo estábamos allí, escuchando sus acusaciones. Ella reventada y yo sin aire. La pileta la había conseguido él, decía. Mi comida era insípida, se quejaba. ¡Y por qué mierda no paraba de llover! Agitaba los brazos, sudando y señalándome con el dedo. Y no sé qué opinarán otros, qué hubieran hecho en mi lugar, a mí me pareció demasiado. Estaba al borde de la histeria. Una amistad también tiene esos momentos. Yo también estaba harta del paté y de la lluvia y de un lujo (una piscina de plástico) del que no podía disfrutar. Y lo mandé al carajo.

Me levanté dispuesta a marcharme en mitad de la noche, la lluvia y sus repentinas súplicas (porque así era, cuando se daba cuenta de que me tenía harta cambiaba de actitud en un pestañeo). Y abrí la puerta de aquella casa para irme, en el momento en que cayó un rayo y tuvimos un apagón. De todas maneras, los relámpagos eran tan seguidos que podía ver el camino a mi casa. Lo que no pude fue imaginar el

estado de esas calles. Tanta agua las había convertido en rápidos que desembocaban en el canal que antes había sido un río que se desbordaba en las primaveras. El agua corría y saltaba, se arremolinaba en las bocas de tormenta, borbotaba en las de cloaca, llevando barquitos iluminados.

Sí, lo recuerdo bien, barquitos. Cientos de ellos. Primero vimos las luces de las velas que llevaban, protegidas por hojas de palmera. Una procesión de luces que chocaban entre sí, se hundían en un remolino, doblaban y se unían a otras en las esquinas. Cada relámpago los difuminaba, pero con la oscuridad volvíamos a verlos. Precarios, hechos con botellas de plástico, cartones, corcho. Llevaban semillas, fruta, cartas que la lluvia borraba. Y las velas encendidas, claro. Venían de las calles apartadas del barrio, las calles del asentamiento de gente expulsada del campo, que el gobierno no pudo echar a palos. Pero entonces vimos al dueño del kiosko, un señor que estuvo con nosotros la noche en que despedimos a Andrea y que contaba de sus viajes por el mundo, saliendo de su casa con uno hecho de una bandeja descartable, de esas de cotillón para niños. Bajó a la calle y se detuvo ante la corriente. Estábamos a unos pasos, no pude escuchar bien. Decía algo como una plegaria y luego, como si no notara la lluvia que lo empapaba, dejó con lentitud la bandeja con su cargamento en la corriente. La observó alejarse, danzando su luz con el viento, y juntó las manos sobre

al pecho antes de darse media vuelta y regresar a su puerta. Vio a Fito iluminado por otro relámpago y a mí detrás. Sus palabras sonaron a truenos.

Eso fue todo. La mañana siguiente encontraríamos restos de los barquitos secándose al sol en mitad de las calles, alimentando a los pájaros. Pero esa noche regresamos a la casa y cenamos con velas, el gato en mi regazo, y un aguacero sumiso como único rastro de la tormenta.

EL ESQUELETO

Alejandro Zarlenga

Caminó por el pasaje Emir Mercader, el más corto del barrio de Saavedra. Cruzó la avenida Goyeneche y se tiró en el pasto de las plazoletas. El sol comenzó a molestarle y se refugió bajo un árbol. Velas rojas por la macumba que hicieron ayer a la noche. Murga por las tardes, brujería por las noches. La piel se le ponía cada vez más blanca. Se miró los brazos. Surgían de los codos algunos brotes de piel color verde y negro. Miró alrededor y se relajó mientras las bicicletas pasaban. Familias y grupos de amigos jugaban a la pelota y andaban en patines. Cuando se cansó de mirar, se puso de pie, bordeó el muro de grafitis y llegó a las vías del tren. Se metió por el costado y recorrió el tramo de estación a estación a través de los yuyos.

El tren pasó varias veces pero no se asustó. Los tobillos empezaron a crujiarle a cada paso que daba.

Se miró la palma de las manos y observó las líneas que quebraban la piel. Una pequeña gota de sangre le recorrió el dedo y cayó al pasto. Llegó a la avenida Cabildo pero todavía veía casas bajas. Se tocó la frente. Sudaba. Disminuyó el ritmo de la caminata y sintió que el corazón le bombeaba rápido. Las venas de la frente se le hincharon, una vecina le preguntó si estaba bien. Cabildo se transformó en avenida Santa Fe y, unos metros más adelante, el centro de la ciudad comenzó a tomar forma. La gente volteaba para verle el rostro. La piel de las mejillas y el pelo se le desprendían, sentía frío en la cara pero le ardía el cuerpo. Se sacó el pantalón, los zapatos y la camisa. Caminó unas cuantas cuadras sin ropa. Las personas se alejaban, se limpiaban con alcohol en gel y recurrían, temerosas, a los barbijos cuidadosamente guardados en sus carteras y portafolios. Cada vez se juntaban más autos y los vendedores ambulantes exhibían sus ofertas.

Llegó a la 9 de Julio, siguió su marcha por Cerrito. Levantó la vista y observó durante unos minutos el Obelisco. El sol le provocó otro sangrado en la cara y las orejas. Debajo de las rodillas y los codos, aparecieron los huesos. Se rompía la piel. No eran claros los límites entre el exterior y el interior de su cuerpo. Cuando llegó al otro lado de la avenida, la columna vertebral asomó desde la mitad de la espalda hasta la nuca. Algunos ya no lo veían, por lo que no tenía que preocuparse tanto por su aspecto.

Durante un largo tramo, caminó detrás de un hombre que fumaba en pipa. El humo le ingresaba directamente por los poros, más dilatados por la falta de piel. El sol comenzó a esconderse y más gente salía de las oficinas. Todo se complicó cuando quedó casi inmovilizado entre los sujetos que entraban a la línea C del subterráneo. Los empujones le desprendieron los últimos trozos de piel. Encontró un hueco, realizó un movimiento estratégico y se pegó a la pared. Caminó hasta un edificio que tenía marcos de bronce en las puertas. Los huesos hacían ruidos cada vez más fuertes y los músculos se desintegraban. Se le desprendió el hueso de la mandíbula. Los hombros se aflojaron y ejercieron peso sobre los brazos, que cayeron al suelo. Se anunció en la entrada y subió por el ascensor hasta el sexto piso.

Caminó por los pasillos, no encontraba la puerta. Intentó preguntar pero la gente prefería ignorarlo. Cualquier contacto visual podía terminar en pérdida de tiempo. Llegó hasta un ventanal, empujó con el tórax las puertas de vidrio y salió al balcón, que había sido empapelado con los carteles de las propagandas que trepaban desde la calle. Enfrente, la gente parecía convocada por un recital. Portafolios, camisas, pañuelos, banderas, altavoces, ruido. Era el momento justo para mostrarse y gritar. Allí cobraría más visibilidad. Movié los huesos y músculos que todavía le servían e intentó hablar pero salió poca voz. El fémur se descolgó y se partió contra el suelo.

Perdió el pie izquierdo en el acto. El aire que le llegó al rostro le derritió el ojo por completo. El diafragma le empujó las costillas y se le desprendió el tórax. Los huesos se apilaron sobre las baldosas del balcón, al lado de las cajas que ya no entraban en la oficina. Montículo de huesos. Ahora ya se hizo tarde y el servicio descansa. Con suerte, mañana limpiarán la mugre del suelo.

18' 30''

Manuel Arduino Pavón

El relojero observó que todos los relojes se habían detenido.

“Debe ser el anunciado cambio en el eje de la tierra. Los polos ya no son los polos”.

Entró un hombre con cara de mico y otro con el cuerpo escamado como un pez.

“Es el efecto del cambio del eje de la Tierra. Pronto nacerán monstruos de todo tipo”.

Entró alguien que era indudablemente un monstruo, mitad hombre mitad galápago.

—¡Ocurrió! —les dijo a los desconocidos muy convencido de su versación científica.

—Ocurrió —le respondieron.

—¿Y los otros? ¿Hay muchos heridos?

—¿Heridos? Aquí sólo hay muertos.

El relojero se miró las manos: parecían las garras de un águila.

—Entiendo —dijo—, puedo dejar la relojería abierta.

—Aquí no hay llaves —observaron los desconocidos.

—¿Y por qué me morí a las 18 y 30?

—Porque no había otra hora disponible.

—Entiendo, era mi hora.

—Exacto.

—¿Y adónde vamos ahora?

—Vamos con los otros. Cuanto antes se acostumbre a su nueva condición, mejor.

—¿Me parezco a un águila?

—Digamos que sí.

—¿Y tiene eso que ver con la vida que llevé?

—No necesariamente. Era lo que había disponible.

—Bien —¡Así que estoy muerto! ¡Se acabó el trabajo, la rutina, los relojes! ¡Se acabó todo lo maquinal de la vida!

—Es una forma de decirlo, aunque no es exactamente lo que ocurrió.

—¿A qué se refieren?

—Aquí se trabaja de muerto.

—¿Y en qué consiste el trabajo del muerto?

—Aceptar a los demás.

—Como los vivos.

—Los demás son muy diferentes, muy diferentes.

En ese instante entró un gigantesco reloj despertador medio derretido, gritando:

—¡Es horrible! Vi un ascensor, me le acerqué como ustedes me enseñaron y me cerró las puertas en la cara.

—¿Todos los muertos son tan impredecibles? — preguntó con la mejor cortesía el gran águila.

—No, los troncos de baobab siempre dejan una impresión de gran calidez.

ÍNDICE

PRÓLOGO	07
FORTALEZA ALEMANA	13
<i>Cristian Acevedo</i>	
NO ES CATÓLICO DE MI PARTE.....	21
<i>Mariano Massone</i>	
EL POLACO.....	25
<i>Diego Fernández Romeral</i>	
VIDA Y OBRA DEL POETA GRIEGO AQUILEAS ELODIS (1916-1976).....	31
<i>Hernán Martignone</i>	
LA GESTIÓN DEL TIEMPO (O LAS COSAS INSÓLITAS QUE HACEMOS PARA OCUPARLO)	41
<i>Reina Rosko</i>	
ESTÁN JUNTOS ADENTRO DEL AUTO	49
<i>Bárbara Duhau</i>	
E. M. P	53
<i>Emanuel Alegre</i>	
LOS INVIERNOS	59
<i>Jimena Repetto</i>	
SÓLO LOS PARANOICOS SOBREVIVEN.....	65
<i>Aldana Fernández Walker</i>	

LA OFRENDA.....	71
<i>Irene Klein</i>	
DON	79
<i>Fabián Sosa</i>	
JEMANJÁ.....	83
<i>Celeste Cervera</i>	
EL ESQUELETO.....	93
<i>Alejandro Zarlenga</i>	
18' 30"	97
<i>Manuel Arduino Pavón</i>	



Ediciones La Parte ***Maldita***

> www.edlapartemaldita.com.ar <

> edlapartemaldita@gmail.com <

> twitter.com/lapartemaldita <

> facebook.com/edlapartemaldita <

Esta edición se terminó de imprimir en el mes de mayo
de 2013, en los talleres gráficos de Tecnooffset, Araujo 3293,
Ciudad de Buenos Aires, República Argentina.